

BOIS LIBROS
EASA

TERROR

john a. lakewood

VOCES DE ULTRATUMBA



John A.
Lakewood

VOCES DE ULTRATUMBA

TERROR &



VOCES DE ULTRATUMBA
John A. Lakewood

EDITORIAL ANDINA, S.A.

© John A Lakewood

Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S.
A. Polígono Industrial de
Pinto PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. 8. N. 84-06-00238-7 Depósito legal: M. 12.454-1976 Printed
in Spain UTOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32 Fuenlabrada (MADRID)

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son
producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier
semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

QUERIDOS amigos: Nos hemos reunido hoy aquí para un experimento del mayor interés y que afecta al futuro de la comunidad. Bien sé que hay muchos escépticos entre nosotros, espíritus burlones que diría Robert Baker, y él es uno de ellos. Pero lo cierto es que nada perdemos dedicando nuestra reunión semanal al estudio de una nueva ciencia a la que he consagrado muchas horas de estudio.

—¿Van a salir brujas de ese aparato, Lewis Duncan? —bromeó un hombre de tosco aspecto, a quien le apretaba demasiado el cuello de la camisa a juzgar por cómo se llevaba de vez en vez los dedos índices de ambas manos a la garganta para, vanamente, aflojar la presión de la tela.

Algunos rieron, pero los más reclamaron silencio, interesados por lo que oían.

—¡No me gustan tus payasadas, Legrand! Guárdate las gracias para cuando estés con tus amigos en la taberna.

—Tú eres uno de esos amigos, Lewis. ¿Lo has olvidado? Desde que aprendiste a manejar ese chisme —señaló un moderno magnetófono que se hallaba en el centro del corro masculino, sobre una mesa no haces más que darte importancia. ¿No te parece, Samuel?

El aludido, Samuel Coburn, judío escocés, que ya no cumpliría los sesenta años, se movió inquieto en la silla. Su perfil aguileño pareció afilarse más. No estaba de acuerdo con John Legrand, ni lo estimaba, pero dependía de él en muchos aspectos y no deseaba enojarle. Tampoco quería corroborar sus palabras, por lo que, evasivamente, repuso:

—Me interesa lo que dice.

—¿Esperas oír las voces de tus antepasados, los judíos escoceses?

Mike Reed, el más joven de los reunidos, un tejano, propietario del más rico rancho de la comarca, intervino:

—¡Dejémoslo estar, John Legrand! Sigue, Lewis.

—Gracias, Mike. Siempre aseguré que eras un joven con sentido común.

—Que es el menos común de los sentidos —se burló Margaret Flecher; tan suave en su voz que sólo fue escuchada por Samuel Coburn, situado a la derecha de la mujer.

—La parasicología es una ciencia nueva, por la que se interesan muchos estudiosos. No tiene que ver ni con el espiritismo ni con la magia. Es la captación de sonidos de forma hasta hoy incomprensible... Hace muchos años, un naturalista...

—¡No nos largues otra vez el rollo, Lewis Duncan! Ya nos lo explicaste la semana pasada. ¡Vamos al grano! ¿O es que quieres ahorrarte el whisky?

Un hombre, situado detrás de John Legrand, y que hasta entonces había guardado silencio, intervino por vez primera.

—Al parecer hiciste unas grabaciones en una cinta magnetofónica y quieres que las oigamos. Ya sabemos lo de Raudive y los demás parasicólogos. En cierto modo, John Legrand tiene razón. No hemos venido a que nos largues una conferencia. Al llamarme por teléfono para que no faltara a la reunión me advertiste que había algo que nos interesaba mucho y que afectaba al futuro del pueblo. Ya sabes que acostumbro a venir el último por exceso de trabajo en el Banco. Lo dejé todo empantanado. Si acabas pronto, me tomaré un trago y me largaré.

Hubo un murmullo de asentimiento a las palabras de Charles Murray, director del Banco de la localidad y hombre de gran prestigio, no sólo porque manejaba las fortunas de casi todos los habitantes de Morenci, sino por su condición de abogado.

Lewis Duncan, que había preparado, en efecto, un largo discurso con el doble propósito de asombrar a sus vecinos y ambientarles antes de que oyeran las grabaciones, de mala gana transigió:

—Como queráis; pero os aseguro que lo que iba a deciros...

—Es lo que vienes repitiéndonos desde hace varios meses, desde que te entró la chifladura del magnetófono —terció Margaret Flecher—. Algunos cruzan de acera al verte.

—Bueno..., bueno... Tengamos la fiesta en paz y no nos metamos más con nuestro anfitrión o se vengará descorchando luego sus peores botellas —habló Mike Reed, con buen humor—. Oigamos esas voces de origen desconocido. ¿Qué te parece, Baker? No has abierto el pico.

Yo, Robert Baker, agente federal de permiso, convaleciente de un agujero en la barriga que me abrió un prójimo, miro con fijeza a Murray.

—Me divierto; pero confieso que tengo la boca seca.

¡Ah, me olvidaba! El que me hizo el agujero en la tripa murió en la peluquería de Sing-Sing, hace tres semanas, al hacerle la permanente con dos mil voltios desmelenados, en una silla más eléctrica que una vampiresa de los años treinta.

—Tú tampoco crees en estas paparruchas, ¿verdad?

Miro a John Legrand. Me cae gordo ese tío, rojo como un cangrejo, piojo puesto en limpio a fuerza de dinero, que huele a ajo desde media milla.

—Yo creo hasta en Caperucita Roja después de diez años en el

F.B.I. Estoy aquí como un vecino más y como amigo de Lewis Duncan...

—Y de su hija... Sobre todo de su hija —susurró, venenosamente, Margaret Flecher, no tan bajo como para no ser oída por todos los que se hallaban en el amplio salón.

Como soy muy tímido y mi mamá me enseñó a portarme siempre respetuosamente con las matronas fondonas y tal, mucho tal, como la prójima que alude a Clara, respondo, con la mejor de mis sonrisas:

—No hacen falta que salgan brujas de ese chisme, Legrand. Las tenemos entre nosotros. Hay maridos que descansan en paz y son felices en el cielo o en el infierno. ¿Desayunaste hoy, como siempre, con vinagre, Margaret?

La Flecher se ríe sonora y guturalmente. Su risa recuerda el estertor de un moribundo.

Me gusta la individua, pese a todo. Lo de individua, dicho y entendido correctamente, claro está; me eduqué en un colegio de pago, hice mis cursos universitarios, me convertí en abogado y luego estuvieron desasnándome en la Academia de Quantico, donde hilan muy fino.

Samuel Coburn, famoso por su humor negro, se pone en pie, va hacia uno de los laterales y apaga la luz.

—No seas avaro, que no te la van a facturar a ti —exclama Mike Reed—. ¿No quieres que te veamos la cara?

—Hay que darle su sabor a todo. Misterio, tinieblas, voces de origen desconocido...

Mike Reed, que va hacía el lugar donde permanece Samuel dispuesto a encender la luz, es detenido por mí, Robert Baker.

—Déjalo como está. En la oscuridad nos concentraremos mejor. Hacéis mal en tomar a guasa esta experiencia. Yo asistí a dos de ellas en Nueva York y vi a un par de fanfarrones desmayarse igual que colegialas —engolo la voz—; si hay alguien impresionable entre los reunidos o padece del corazón, que se largue.

Mis palabras producen su efecto. Lo sé. Nadie ríe.

La sala está iluminada por las luces del jardín del enorme chalé propiedad de Lewis Duncan, una luz tenue, que se filtra a través de los ventanales y que aumenta a ráfagas con la de los relámpagos de una lejana tormenta.

Todos nos vemos bien en la semioscuridad.

Oigo un leve roce a mí izquierda y, sin volverme, sé quién se me ha acercado. Su perfume es inconfundible. Olor a mujer joven, a colonia fresca, de hierbas, a carne prieta y estallante, a juventud.

Noto que unos dedos cariñosos oprimen mi mano derecha.

—No te propases, Murray —digo, sin apenas voz.

Estalla una risa a mi lado.

—¡Eres un ganso, Robert! Menos mal que Charles no te ha oído...
¿Me esperabas?

—Estaba muertecito por verte, querube. Yo...

Una pregunta directa interrumpe mis confianzas a Clara Murray, lo único que vale la pena de esta reunión, cinta magnetofónica incluida. Palabra.

—¿De veras resulta todo tan terrorífico?

Es Samuel Coburn el que habla.

—Más todavía. A uno de los reunidos le anunciaron que su mujer se la pegaba y cuando llegó a casa le nacieron mellizos... que se parecían al sepulturero... A otro le dijeron que iba a cortarse cuando se afeitara y se degolló, por descuido, a la mañana siguiente. A un tercero le anunciaron que iba a morir su suegra y la encontró en casa curada de las paperas...

—¡Basta ya, Robert! —me regaña Lewis Duncan—. Esto es más serio de lo que parece. ¡Y la tormenta que se acerca, un mal presagio! La cinta se grabó hace dos días... y anunciaba un terrible temporal para hoy. ¡Dios quiera que no se cumpla lo demás! ¿Estás ahí, Clara?

—Acabo de llegar, papá.

—¿Compraste eso en la farmacia?

—Sí. Todo está preparado. No te preocupes.

—¿Más secretos? —ironiza John Legrand—. ¡Déjate de cuentos y pon la cinta de una maldita vez!

Un trueno restalla sordamente en la distancia, prolongando lúgubremente su eco.

—¡Esto empieza a resultar divertido! —dice Margaret Flecher—. Sólo falta que se abra una puerta y aparezcan media docena de cadáveres.

Se oye un ruido seco en ese momento. Después, silencio absoluto. Yo, Robert Baker, genio entre los genios, número dos de mi promoción porque el uno se lo dieron al recomendado de turno, cierro una cristalera que hay a mi derecha, que se acababa de abrir y golpeaba a impulso del viento.

Se oye un aullido escalofriante. Alguien acaba de pisar al gato. Lo cierto es, lo sé, que entre bromas y veras, hay muchos nervios de punta. La voz de Margaret Flecher vuelve a oírse:

—¡Que hablen los muertos!

Son tensas sus palabras.

—No hay cuidado de que se presente tu marido —le responde Charles Murray—. ¡Prefiere los gusanos a tu compañía!

—¿Qué compraste en la farmacia, Clara? —inquiere Mike Reed.

—Suero contra la mordedura de las víboras. En la cinta se dice que...

—¡Calla, hija! —suenan imperiosa la voz de Lewis Duncan—. Prefiero que ellos lo oigan en directo.

—Ya estoy tranquilo si me muerde Margaret —comento.

Nadie se ríe de mi ingeniosidad. Repito: se adivinan los nervios a flor de piel.

Dos relámpagos, muy próximos, y dos truenos, que se confunden en uno, terminan de completar el cuadro.

—Tormenta seca —comenta Mike Reed—. ¡Mala cosa!

Clara Duncan se me pega como una lapa.

—Estoy asustada, Robert —me dice al oído.

—Asústate más, que me gusta tenerte así de cerca.

Vibran los cristales de los enormes ventanales.

—¿Comenzamos? —pregunta Lewis Duncan.

Samuel Coburn, que es un fulano de cuidado, habla de nuevo:

—Espera unos minutos hasta que empiecen a caer los rayos cerca.

¡Resultará todo más bonito!

Como si sus palabras fueran un presagio, una chispa eléctrica zigzaguea muy próxima. El trueno es ensordecedor.

—Ya somos mayorcitos para que nos inquiete una tormenta —comenta John Legrand.

—Tendremos que esperar a que cesen los truenos —anuncia el dueño de la casa—. Para oír la cinta necesitaremos un mínimo de silencio. Da la luz, Clara. Tomaremos un whisky.

La muchacha, separándose de Robert Baker, fue a uno de los laterales y pulsó la llave. Sonó un chasquido, pero las bombillas no se encendieron.

—La tormenta habrá hecho saltar el automático de la central. Hay velas en varios sitios.

Llamearon los mecheros, diminutos fuegos fatuos, y la oscuridad fue rasgada por la luz oscilante de los candelabros.

—¿No habrás quitado los plomos para que todo resulte más tétrico, Lewis? —inquirió Margaret.

—De sobra sabes que no. Bien, todos conocéis dónde están las bebidas y los vasos. Servíos vosotros. Di a Clotilde que puede traer los canapés, Clara.

—Ahora mismo, papá.

El grupo de invitados se dirigió a uno de los laterales mientras la joven abandonaba el salón, llevándose una palmatoria de cristal tallado.

—Me preocupa todo esto, Robert. Coincide exactamente con lo grabado en la cinta y... ¡cielos, vamos a la cocina!

Lewis Duncan, inquieto de pronto, como si recordara algo terrible, me toma del brazo e inicia conmigo la salida.

En ese momento, un terrible grito de agonía se alza en el aire,

algo demencial, increíble.

—¡Es Clara! —digo, llevándome, inútilmente la mano a la axila donde acostumbro a calentar mi inseparable 38, ahora dormidito en un cajón de la mesilla pues, como ya les dije, me encuentro de permiso.

Empujo a Duncan, que me entorpece la salida, y de varias zancadas, luego de recorrer un largo pasillo, llego a la cocina, estimulado por los repetidos gritos de horror de la muchacha.

Soy un hombre de acción y mientras corro pienso que es bueno que ella chillé, pues los muertos no dicen ni pío.

Al llegar junto a Clara, que sigue sosteniendo en alto, con su mano crispada, la palmatoria encendida, me paro de pronto.

Estoy a punto de cerrar los ojos ante lo que contemplo. Parece como si una mano gigantesca me oprimiera el estómago.

Voy a retroceder, con el propósito de impedir que entre nadie, pero ya es tarde. Todos llegan en tropel. Oigo a mi espalda un alarido histérico de Margaret y varias arcadas.

Me vuelvo. Charles Murray vomita, incapaz de controlarse. Lo comprendo. Estuvo a punto de sucederme a mí. Ordeno, tensa la voz:

—¡Fuera todos! ¡Largo de aquí!

Nada puedo mandarles que les guste más. Sólo hay alguien a mi espalda, inmóvil, respirando entrecortadamente. Sé quién es sin volverme. Su voz me lo ratifica:

—¡Dios mío!

Abrazo a Clara, apoderándome de la vela.

—Ve con los demás, querida... Acompáñela, Lewis. No debe quedarse aquí.

—Si. Vamos, hija.

Me quedo solo en la espaciosa cocina. Miro en derredor, alejando mi atención de lo que, obsesivamente, me atrae. Sobre una gran mesa hay varias bandejas con canapés, platos con embutidos y dos cubetas repletas de cubitos de hielo. ¿Aperitivos para la muerte?

Clotilde, la criada negra, está tendida en el centro de la cocina. Un gran charco de sangre rodea su cuerpo, y, al inclinarme, advierto que ha empezado a coagularse, lo que significa que el asesinato se realizó hace algún tiempo. ¿Quince minutos? ¿Media hora? Sí. Media hora. Es lo que llevamos los invitados en la casa.

He dicho Clotilde. Rectifico: lo que dejaron de ella. El asesino, un sádico diabólico, un aborto de Satanás, una sanguijuela repugnante, la ha mutilado bárbaramente. A la pobre mujer le amputaron las manos y los pies, que no veo por ningún sitio. Los muñones están sanguinolentos, y la sangre, coagulándose,

comienza a formar grotescas figuras.

Por si ello fuera poco, limpiamente, con destreza propia de los tiempos heroicos del Oeste, le han arrancado el cuero cabelludo. Con partes del pelo se llevaron también trozos de piel, y empiezan a formarse costras sanguinolentas. Dos moscardones, voraces, chupan donde pueden.

Además, pues todavía hay "un además", le seccionaron limpiamente la garganta con un cuchillo de cocina. El arma homicida sí está en el suelo, en un lateral, y hay más moscardas encima de la sangrante hoja...

—¡Es espantoso! —escucho a mi espalda.

Lewis Duncan acaba de regresar. Arrastra los pies pero, en un gesto de valor, se sitúa junto a mí. Asiento, en silencio, asqueado de lo que veo.

—¿Por qué?

Hago la pregunta en voz alta.

—Las voces de ultratumba..., las voces de ultratumba.

Giro rápidamente. No. Lewis Duncan está sereno. Temí, en principio, que sufriera un ataque de histerismo.

—¿Voces de ultratumba?

—Sí. Todo me lo advirtieron, pero yo no alcancé a entender hasta ahora su auténtico significado. No debí...

La chispa eléctrica casi nos ciega. Ha debido caer en uno de los árboles del jardín. El estallido del trueno, simultáneo a la luz, nos ensordece.

—¡El infierno se ha desencadenado contra nosotros!

Advierto un resignado fatalismo en la expresión de Duncan. Pienso.

Samuel Coburn se nos reúne. Me mira a los ojos.

—Margaret Flecher ya se ha recuperado y todos os esperan en el salón. Hay que decidir algo.

—Lo primero, llamar al Comisario —digo—. Aquí se ha cometido un asesinato y él debe ser el primero en saberlo —sonríe en un alarde de tétrico humor—. ¿O piensas que puede tratarse de un suicidio?

Lanza una rápida mirada a los despojos de Clotilde y palidece.

—¿Te crees gracioso, Robert?

—Más de lo que imaginas. Una vez hice un chiste en un velatorio y el muerto se levantó a felicitarme. Y el chiste era de esqueletos carcomidos por la polilla.

—No funciona el teléfono. Un poste abrasado o...

—No hay prisa, Samuel. Ya iremos uno de nosotros. La víctima no va a salir corriendo, y mientras estemos juntos no hay peligro de que el criminal escape.

Sé lo que digo. Lewis Duncan es el primero en reaccionar:

—¿Supones que uno de nosotros es capaz de...? ¡Estás loco!

—Por lo pronto, que yo sepa, no hay nadie más en la casa. Si el asesino es alguien de fuera, ya estará lejos. En caso contrario..., ¿me explico, Samuel?

—¡Me da náuseas oírte!

Gira, para marcharse, pero no se lo permito. Le sujeto cariñosamente por el brazo, le hago girar para que me mire, y acerco tanto mi cara a la suya que noto el apestoso olor a cebolla de su aliento.

—¡A mí me da náuseas eso! ¡Contempla bien el cadáver!

¡Míralo!

Le obligo a hacerlo. Mamá suele decirme que nunca le haga una caricia porque siempre "le dejo" cardenales. ¡Y Samuel Coburn no es mamá!

—¡Me haces daño!

—¡Empápate bien de carroña!

La tormenta se aleja rápidamente. Los truenos apenas son ya perceptibles y los relámpagos se espacian más y más.

Suelto a Samuel Coburn.

—Soy agente de la ley y estoy acostumbrado a detener a angelitos bellos capaces de matar a un prójimo. ¿Quién me asegura que tú no te cargaste a Clotilde... —me vuelvo a Lewis Duncan, y le apunto—: ...o tú?

El dueño de la casa respira hondo. Le cuesta contenerse, pero lo consigue.

—¡Yo me largo! —exclama Samuel.

—¡Tú te quedas! —le ordeno—. ¡Y todos! Cuando se restablezca la línea telefónica y venga el Comisario, si él lo autoriza, se marchará el que quiera. Pero, mientras, de aquí no se mueve nadie.

—Discúlpale —interviene Duncan, conciliador—. No supo lo que decía. Todos estamos nerviosos. ¿Quieres que vaya por una sábana y tapemos el cadáver...?

—No. Hay que dejarla como está. Reunámonos con los demás.

Tomo el cubo de hielo y salgo el primero.

Apenas entro en el salón se enciende la luz. La tormenta pasó por completo y sin duda repararon la avería.

John Legrand tiene un vaso, mediado de whisky, en la diestra. Un triple largo, que diría un barman borracho. Charles Murray bebe también. Los dos, seco, sin soda. Están en pie, en uno de los laterales de la gran habitación y charlan animadamente, en voz baja. Margaret Flecher y el pimpollo de Clara se han sentado en un diván y permanecen en silencio, sombríos los rostros. Advierto que Mike Reed contempla el magnetófono con fijeza. Es el más sereno de todos.

Todas las miradas se centran en mí.

—¿Y bien? —inquiero.

Es una pregunta, un comentario, una solemne estupidez... La experiencia me ha demostrado que mis frases absurdas galvanizan a las gentes, las desconciertan. No espero respuesta. ¿A qué van a responder? Descuelgo el auricular. Sigue sin oírse el tono.

Dejo el hielo en una de las mesas. Me sirvo, muy generosamente, "Chivas", le pongo tres cubitos y me hago esa bebida larga que

tanto necesitaba.

Preparo un whisky a Margaret Flecher y otro a Clara, los dos muy rebajados con soda y se los entrego.

Lewis Duncan y Samuel Coburn se ocupan de sus propios tragos.

—¡Y bien...! —afirmo ahora.

Nadie dice ni pío.

—¿Quién la mató? ¿Por qué?

Mis preguntas surten efecto. Hay inquietud en los rostros. La voz, algo chillona, de Samuel Coburn sorprende a todos:

—¡Robert Baker afirma que uno de nosotros es el asesino!

Clara se pone en pie y se me acerca. Comprende, más bien intuye, que aquel hombre me ataca y con su instinto maternal me arropa.

—¿Y por qué no?

Cuatro palabras que surten efecto.

Margaret Flecher, minotauro con faldas, ríe guturalmente. John Legrand aprieta los puños y Mike Reed arquea las piernas, en una actitud ofensiva. Sólo Charles Murray permanece imperturbable. Es el primero en reaccionar con lógica. Dice:

—Alguien tuvo que hacerlo.

Por algo es director de Banco. Vive en la realidad. Dos y dos son cuatro. Bueno. Dos y dos son seis para el Banco y tres para el cliente. Yo me entiendo.

—Lo cierto es —apostilla Lewis Duncan— que todos nosotros estábamos aquí. Quizá el forense, al establecer la hora del crimen, demuestre que nos hallábamos reunidos...

—O llegando a la casa —puntualizo con la misma intención que un gorila enfurecido—, lo que no es lo mismo. Reunidos nos serviríamos de coartada unos a otros. Llegando, no. Todos, excluyendo a Clara —miro a Margaret con afecto—, ¡únicamente a Clara!, sabemos descuartizar, y hemos descuartizado, de hecho, a más de una res.

—¿Adónde quieres ir a parar?

Mike Reed se me ha aproximado. Nunca me gustó este tipo fanfarrón y camorrista. Además, asedia a Clara siempre que puede.

—A eso.

Mis contestaciones, siempre "elocuentes y cargadas de argumentos", desconciertan. Y esta vez no es una excepción, máxime si les digo que Mike Reed tiene menos cerebro que un mosquito hembra.

La atención se polariza en nosotros. Samuel Coburn sonrío pensando que vamos a atacarnos, pues sabe de nuestra oculta enemistad y de la menos oculta rivalidad con respecto a Clara.

Miro en derredor, y si no fuera Robert Baker lanzaría un alarido

de espanto, de sorpresa.

Por debajo del diván donde está sentada Margaret Flecher se arrastra algo pavoroso, en lo que nadie repara. ¡Una amenaza de muerte!

Ordeno, con voz suave:

—¡Todos quietos donde estáis!

"La cosa" se mueve ya con mayor rapidez, pero todavía perezosamente.

La sorpresa es general ante mis palabras. Charles Murray va a decir algo, pero no se lo permito.

—¡Ni una palabra! ¡Todos quietos, mirándome a mí! Sin mover un músculo o alguien va a morir.

Sé que piensan que he enloquecido, pero más que mi voz les impresiona mi actitud, la expresión de mi rostro. Retrocedo un paso mientras me maldigo por haber prescindido en mis vacaciones de la tercera extremidad, mi inseparable colt 38.

"El peligro" empieza a erguirse y yo debo actuar antes de que nadie repare en él. Es algo monstruoso que va a provocar un ataque de pánico y una catastrófica reacción.

Continúo retrocediendo, muy despacio, con suavidad, mientras repito:

¡Todos como muertos...! Margaret, no desvíes ni la vista. Pase lo que pase, sigue quieta. ¡Ni respire!

Mi voz debe ser algo muy convincente porque soy obedecido; pero la muerte empieza a moverse cada vez más y yo estoy todavía lejos de mi objetivo.

Es Lewis Duncan el primero en advertir lo que ocurre. Lo sé porque le oigo susurrar;

—¡Es espantoso!

Doy unos pasos más hacia atrás y mi espalda tropieza con la pared.

Levanto muy despacio la mano, tanteo, y suspiro al rozar algo cuyo contacto me es muy familiar. Descuelgo el rifle, con mucho tiento para que el arma no resbale. Cualquier ruido provocará el ataque funesto de "la cosa", a la que Margaret acaba de descubrir. Advierto que ahoga un grito de espanto, cómo se convierte en estatua de pavor.

Los que están de espaldas a la Flecher, viéndome con el Winchester en la diestra, no se atreven a pestañear. Piensan, lo sé, que me he vuelto loco, que he matado a Clotilde y que voy a liquidarles a ellos. Los que se encuentran en posición opuesta, giran los ojos y descubren "la cosa". Sólo ellos comprenden; pero tienen la certeza de que no habrá tiempo de actuar, porque la muerte está a sólo unos centímetros del rostro de Margaret y

empieza a oírse un leve sonido, que nos es muy familiar a la gente del campo, y que indica que el ataque es inminente.

—¿Está cargado? —musito, apenas.

—Sí; pero tienes que meter la bala en la recámara.

Advierto que Mike Reed, frente a mí, va a decir algo. Se lo impido encañonándole con el arma.

—¡Si hablas, te mato!

Desde donde estoy, el ángulo de tiro me es poco favorable. El proyectil deberá pasar a pocas pulgadas de Mike. Si éste se mueve o yo fallo puedo alojarle una bala en el estómago.

Por otra parte, seguir moviéndome, es imposible. "La cosa" tiene el oído muy fino.

Margaret me mira desesperadamente. Ella sabe lo difícil que es meter una bala en la recámara de un rifle, con su sonido habitual, disparar y hacer blanco desde la cadera en algo tan movible, tan rápido, como lo que le amenaza.

Yo pienso que "el peligro" atacará en forma de hacha, en una milésima de segundo, y noto mis manos empapadas en sudor.

Mi actitud, la inmovilidad general, el ruido que se acrecienta, el Winchester y "la cosa" formamos un quinteto aterrador.

Las pupilas de Margaret Flecher se han agrandado hasta límites inconcebibles. Tiene la muerte a tan escasa distancia que no concibo cómo puede dominarse y no lanzar un alarido demencial, el último de su vida.

Muy en lo íntimo, admiro su valor, mientras respiro profundamente, deseando dominarme. Necesito de todo mi aplomo para no fallar, por Reed, que puede encajar la bala, por Margaret...

Salvo Mike y Clara, que están frente a mí y de espaldas al peligro, los demás alternan las miradas entre "la cosa" y yo.

"¿Estará debidamente engrasado el rifle? —me pregunto . ¿Y si encuentro resistencia o el sonido es excesivamente metálico?"

Sé que el momento no ha llegado aún, pero que está muy próximo. Decido esperar aún unos segundos. La tensión que sufro no va a favorecerme.

Para relajarme, pienso que no sería malo fallar el disparo y hacerle un agujero a Mike Reed, aunque se llenara el suelo de serrín. Los fantoches, los monigotes fanfarrones como él, no tienen sangre, ni tripas, ni nada. Sólo serrín.

La idea, por lo disparatada, me hace sonreír. Noto que mis dedos no son garras en torno al Winchester, que la crispación cesa.

Margaret, en silencio, con los ojos, no deja de pedirme auxilio. Pero ni papadea.

Actúo. Nunca sabré cómo lo hice. Tiré hacia atrás de la palanca, metí la bala en la recámara e hice fuego en absoluta inmovilidad antes de que "la cosa", que se había lanzado, llegara a su objetivo.

Mike Reed, que se ha visto encañonado y al que ha sorprendido mi acción, está pálido como un muerto. Estoy seguro de que jamás pasó tanto miedo en su vida.

Clara sofoca un grito de espanto y los demás no dan crédito a lo que ven.

Yo, más tranquilo, acercándome a Margaret Flecher, comento:

—Capicúa. Dios las cría y ellas se juntan...

LA cabeza de la serpiente de cascabel, destrozada por el proyectil, convertida en un amasijo sanguinolento, ha caído sobre la falda de Margaret, que permanece quieta, todavía sin moverse, aterrorizada.

Hablo de nuevo, irónicamente:

—¡Cuidado, que muerden hasta después de muertas!

Mi broma no hace reír a nadie.

Cojo un pañito bordado, de esos que las amas de casa ponen en los brazos y en los respaldos de los sillones para complicar la vida a los prójimos que nos sentamos en ellos, tomo la serpiente de cascabel y la echo a un rincón.

El animal aún se mueve en el suelo, enroscándose primero, estirándose después.

Margaret, que tenía el vaso de whisky ante ella, en la mesita de centro, lo toma, y está tan trémula, que derrama gran parte sobre su vestido, aún sucio de sangre y de fragmentos craneales de la serpiente.

Bebe y se serena. Me mira.

—Gracias. No supuse nunca que pudieras hacerlo. En realidad es un milagro.

—Yo soy un milagro —respondo, con mi "habitual modestia"—. ¿Cómo llegó este bicho hasta aquí? Huyen de la presencia del hombre. Además, los gallineros están lejos. ¿Quién la trajo?

He razonado en voz alta y mi última conclusión es la que importa. Recuerdo algo:

—¿Para esto te preocupaste de comprar el suero antiofídico?

Lewis Duncan asiente, y me responde con palabras trémulas:

—Me lo advirtieron las voces de ultratumba.

—Eso empieza a sonarme a chino, Duncan. De todas formas..., allá tú cuando te interroguen.

Charles Murray interviene.

—Pudo ventear la tormenta y buscar refugio aquí.

—Pudo, pero no lo hizo. Levántate, Margaret..., si puedes...

Hay sarcasmo en mi voz, intencionado para estimularla. Se incorpora.

Levanto el sillón y veo una bolsa de lona, de ancha boca. Una correa está a un lado, suelta. Con ella ataron el medio de transporte.

—¿Trajo consigo su casa? —los miro a todos, retador—. Entre

nosotros hay un asesino, un demente. Ahora tengo la certeza de que uno de los que aquí estamos asesinó también a Clotilde. A esa misma conclusión llegará también el comisario.

Nadie me contradice ya.

—¿Y sí lo hubiera hecho Clotilde, y...? —empieza Samuel Coburn, callándose al no encontrar el final de la frase.

—Sigue, Samuel. ¿Lo hago yo por ti? Y después, arrepentida, cogió un cuchillo, se cortó una mano, luego otra; se seccionó un pie, luego el otro; se arrancó el cuero cabelludo y por último se degolló.

—¡Calla, Robert! ¡Te has vuelto un tipo morbosos!

Es Margaret Flecher la que me afea mi actitud. Yo, galantemente, pues se trata de una señora, con perdón de las señoras, le contesto:

—Lo que tienes en la falda, además de sangre, es parte del veneno que iban a inocularle. Yo me cambiaría de ropa. ¿O quieres que te prepare un emparedado con esos ingredientes?

Comprendo que a veces me paso de la raya; pero no me gustan las personas desagradecidas y ella me debe la piel.

Una serpiente de cascabel de ese calibre, furiosa por encontrarse en un medio hostil, al morder una mejilla o un cuello, hubiera provocado la muerte a pesar de todos los sueros del mundo. En el mejor de los casos, la fémica, o quien fuere, las habría pasado moradas mucho tiempo.

—¡Eres un... un...!

—Soy el que te salvó la vida, Margaret, por si lo olvidaste —respondo seco, cortante.

Clara tercia en el diálogo.

—No seas tosco —sinónimo de bestia, claro—. Ven conmigo, Margaret. Todavía conservo ropa de mi madre. Ponte algo de ella. Así no puedes estar, y ese veneno puede ser peligroso si lo tocas.

Salen las dos mujeres, y yo, entonces, suelto tacos en arameo, desahogándome. Prometo que como cace al que metió ese bicho en la casa le voy a despellejar vivo con una cuchilla de afeitar roñosa. Luego, para redondear la frase, me encaro con Mike Reed:

—Ve a ponerte unos calzoncillos nuevos, fanfarrón. Seguramente estarás tan sucio como cuando eras un bebé.

Lewis Duncan se interpone entre los dos.

Yo, como por descuido, tengo el cañón del rifle apoyado en el estómago de Reed.

Me vuelvo, cuelgo el Winchester en la pared, en el mismo sitio de donde lo había tomado, y me dirijo al mueble bar para servirme otro trago de whisky, ya sin hielo.

John Legrand, que quiere congraciarse conmigo, dice:

—¡No he visto nunca a nadie disparar así!

—Yo tampoco —contesto, "humildemente"—. No acostumbro a mirarme en el espejo.

Vuelvo a descolgar el teléfono. Sigue mudo. Nuevamente lo cuelgo. Me asomo al ventanal. No hay ni rastros de tormenta y el viento decrece. Señalo el magnetófono.

—¿Oímos ese chisme? ¡Siento curiosidad por tus voces de ultratumba, Lewis!

—¡Es horrible, Robert! ¡No te rías de ello! Ahora tengo la certeza de que Morenci va a desaparecer con todos nosotros.

—¿De eso se trata?

—De eso y de otras cosas. Por eso os pedí a los casados —sólo lo están John Legrand, Samuel Coburn y Charles Murray— que no trajerais a vuestras mujeres.

—¿Por qué no excluiste a tu hija y a Margaret Flecher? —inquiero.

—Margaret es una de las personas interesadas. Clara se negó a ausentarse.

—Bien. ¿Qué sorpresita tendremos ahora? Primero la tormenta, luego el hallazgo de Clotilde, un strip-tease— pronuncio como escribo, para acentuar lo que deseo anatómico, a continuación la serpentita de cascabel, y ahora...

—¡Hay alguien espiándonos detrás de la ventana! —exclama Mike Reed.

Reacciono como es costumbre en mí. De un salto me acerco a la pared, tomo el Winchester que acabo de colgar y corro al ventanal que me señala Mike. Lo abro y salgo al exterior.

Huele a ozono. Todavía el aire está cargado de electricidad. Un perro aúlla a lo lejos...

Tensos los músculos, escucho sin percibir otra cosa que los sonidos propios de la noche.

Sé que hay un asesino suelto, un maníaco homicida, un monstruo... Quien es capaz de hacer lo que hizo con Clotilde y de manipular una terrorífica serpiente de cascabel, no tendrá escrúpulos para cargarse a un tipo como yo, aunque eso suponga dejar viudas a muchas jovencitas casaderas que me sedujeron y a otras que esperan seducirme y ponerme bajo el yugo del matrimonio.

Atento, más silencioso que el reptil que acabo de cargarme, avanzo dispuesto a liarme a tiros con cualquier cosa que se mueva.

Doy la vuelta a la casa, sin éxito. No hay nadie en doscientos metros a la redonda. La luna, que brilla en un cielo sin nubes, pues el viento las arrastró lejos, me permite una perfecta

visibilidad.

Regreso por el ventanal desde el cual salté y, despacio, cuelgo el Winchester de donde lo había tomado por segunda vez en pocos minutos. Luego, me encaro con Mike Reed:

—Ni un alma, vaquero distinguido.

—Estoy seguro de que alguien nos espiaba.

—Sin duda era un espíritu, un muerto resucitado..., o un muerto que quieres cargarnos a todos, en el clima obsesivo que padecemos, para ocultar una verdad que no tiene duda.

—¿Qué verdad? —inquire Charles Murray.

—El asesino no es ajeno a nosotros. Pertenece a esta encantadora, conmovedora, pacífica, amistosa y frivola reunión... ¡Vuelvo ahora mismo!

Abandono la estancia, con una sonrisa bailándome en los labios. Voy a demostrar a los pigmeos que soy un gigante, sin nervios, por encima de la vida y de la muerte.

Llego a la cocina. Clotilde sigue tal cual, sin moverse, como es su obligación. Tomo algo y me reúno con mis intrigados amigos.

—¿Queréis un bocado? ¡Las emociones siempre me abren el apetito!

Me quedo con un canapé de salmón y deposito la bandeja sobre una de las mesas.

—¿Presumes de duro? —ironiza Mike Reed.

—Presumo y lo soy. ¿Quieres que te haga una demostración?

Duncan, siempre al quite, vuelve a intervenir:

—Dejémonos de rencillas personales. Lo que importa es...

Se calla de golpe y su mirada se desvía hacia la puerta del salón que enlaza con las habitaciones superiores de la casa.

—¡Dios mío!

Lewis está verdaderamente confuso. Casi no se controla. Y no es para menos. La abominable matrona que es Margaret Flecher, viuda para descanso de su marido, acaba de convertirse "casi" en una mujer adorable.

—¡Bien por Clara! —me digo, no sin inquietud.

Margaret ha prescindido de su falda pantalón y de la chaqueta deportiva, que le daban un aspecto hombruno, y se ha puesto un vestido azul claro, muy ceñido, que le marca a placer todas esas curvas que las señoras poseen para perdición de los pobrecitos hombres. Se ha soltado el pelo, en sentido literal. El moño, que le hacía parecer una viejecita decente, ha desaparecido, y una melena, más bien larga, la acaricia los hombros, flanqueándole un rostro en el que hay maquillaje bien usado. Camina hasta de distinta manera. No es que sea una pollita devastadora, capaz de parar la circulación en Manhattan a las dos de la tarde, pero sí

está muy apetecible. De rancia matrona ha pasado a viuda alegre.

—¡Es igual que ella...! ¡Las voces de ultratumba!

¿Será Duncan el maníaco homicida?

Pronuncia frases incoherentes y no pierde de vista a la Flecher, que, completamente recuperada de todos los sustos anteriores, se mueve con aplomo demostrando ser una mujer de clase.

Va a la bandeja. Toma un canapé de caviar y se lo engulle con perfecta naturalidad.

—Tomaría un sorbo de jerez, Lewis.

Pero Lewis está como atontado, hecho un lío, y tengo que darle un codazo para que reaccione.

—¡El guayabo te pide jerez, anfitrión!

Le duele mi golpe y gira en redondo, con ánimo ofensivo.

—¡Jerez para Margaret, hombre! —le repito, sin perder mi angelical sonrisa.

—¡Ah, sí! Perdona, Margaret; pero...

Clara me guiña el ojo y, mientras Lewis prepara la bebida, se me aproxima para preguntarme:

—¿Qué te parece?

—Un milagro, querube.

—Ella está enamorada de mi padre desde siempre... Pienso que papá necesita volver a casarse. Así todo nos será más fácil y tú y yo podremos...

—¡Detente, Clara! —la interrumpo, algo ampulosa la voz, pero en tono quedo— No pronuncies la palabra matrimonio o soy capaz de desmayarme.

—¿De ilusión, Robert queridín?

La miro a los ojos. Hay un brillo en sus pupilas que me previene.

—¡De pánico! De casado a cansado hay sólo una letra de diferencia y de marido feliz a infeliz, una sílaba. Te recuerdo, por si no lo sabes, que el matrimonio procede del amor como el vinagre del vino.

Es una de mis frases favoritas, que suelo decir a menudo. Perdón si a veces me repito más que un guiso de cebolla.

La Flecher bebe y Duncan la contempla, embobado.

—¿Qué le pusiste a esa fémina? Tu padre está aperrunado, y yo me entiendo. No me pidas aclaraciones.

En la respuesta hay una tristeza excesiva, por lo que recelo de que mi adorable Clara empiece a hacer teatro conmigo.

—Ese era el vestido favorito de mamá unos meses antes de morirse.

—Perdona, cariño.

Soy tan sincero como ella. Nada tenemos que echarnos en cara.

Algunos se animan y siguen el ejemplo mío y de la Flecher. Los

canapés desaparecen en pocos minutos, y yo, con mi humor habitual, al ver la bandeja vacía, pregunto:

—¿Hay algún voluntario que vaya por más a la cocina? —además de un absoluto silencio, a algunos se les atraganta lo que comen ante mi oportuno recuerdo—, ¿Hay mieditis? —y volviéndome hacia Reed le pregunto—: ¿Y tú, vaquero?

—¿Por qué no?

—¡Bravo, muchachote! ¡Acabarás convirtiéndote en todo un hombre!

Gira. Pienso que va a lanzarse sobre mí, incapaz de controlar sus nervios, pero yo le paro con unas palabras oportunas, geniales y muy ingeniosas:

—¡Cuidado! ¡Vas a pisar una mano de Clotilde! ¡Sin duda la trajo el gato!

Serenamente, mira al suelo, donde no hay nada, ni mano, ni gato. Se desconcierta. Duda si agredirme o no y decide lo mejor para él. Va a la cocina y . egresa a los pocos segundos, con una bandeja en cada mano, que pone cerca del mueble bar.

Se sirve un whisky doble, en vaso nuevo. ¡Cómo se ve que él no tiene que fregar el cristal!

—¿Por qué no comienza la representación, Lewis? Ya estamos todos reunidos, en amor y concordia

—De acuerdo. Es lo mejor.

Ocupamos asientos en torno al magnetófono. Duncan, a cuyo lado está Margaret Flecher, extiende su dedito índice para pulsar una de las teclas, y, cuando el chisme va a girar..., ¡pum, pum, pum!, suenan tres aldabonazos, lo cual nos produce un sobresalto.

¿Una visita a estas horas? ¿Cómo no oímos el coche?

Repiquetea el timbre. El que viene trae prisa. Nos miramos, sin movernos, sobresaltados, inquietos. Algunos, yo no, hasta trémulos.

—¡Que los muertos se filtren por las paredes! —exclamo.

Nadie se levanta a nada. Ni siquiera a felicitarme por mi ingeniosidad.

—Lewis, ¿esperas a que abra Clotilde?

El dueño de la casa reacciona. Sale y regresa en compañía de alguien que nos moviliza a todos. No es Drácula. Ni Frankenstein. Tampoco alguien parecido a la Flecher antes de su transformación. Se trata de...

—Bienvenido, comisario Hawkins —le saludo—. Llegas a tiempo para tomar parte en nuestra juerga. Llevamos un rato intentando comunicar por teléfono con usted, sin conseguirlo. El teléfono es "otro" muerto.

Matizo mis palabras. Hawkins arruga el entrecejo, lo que equivale a decir que las cejas, de por sí juntas y muy peludas, casi le cubren los ojos. Nos mira interrogante y al fin se encara conmigo.

—Aquí me tiene, Baker. ¿Para qué me hizo venir?

—¿Yo?

—¡Usted! Uno de mis ayudantes tomó su aviso telefónico ¡Y el estilo es el suyo!

—No le entiendo.

—Sí —busca en sus bolsillos, toma un papel y lee—: "Díganle al gorila de Hawkins que acuda sin falta, a las ocho de la noche, a casa de Lewis Duncan. Allí se juega fuerte y alguien quiere levantar un muerto. Que deje el coche fuera y haga a pie los doscientos metros que hay desde la puerta principal al chalé para que la llegada sea una verdadera sorpresa. Que llame primero con el aldabón de bronce y luego con el timbre". Según mi ayudante, el comunicante, Robert Baker, insistió mucho en que copiara el aviso palabra por palabra. Asegura que era un individuo fanfarrón y mal educado. Por eso ni tuve ni tengo duda.

Le aplaudo. Tres veces. Ni una más.

—¡Bravo! —digo—. Un asiento para el gorila. La función será más sabrosa con usted.

Hawkins me contempla en silencio, con la misma expresión apacible que papá zorro a mamá zorra después de una de sus

sospechosas correrías.

—Antes debiéramos decirle...

Interrumpo a Charles Murray.

—Hay tiempo para todo. Oigamos las voces de ultratumba y después aumentaremos la cultura de nuestro comisario contándole bonitas historias. ¿No les parece?

El silencio es signo de asentimiento. Todos nos acomodamos.

Yo estoy en la gloria. Tengo a Clara a mi derecha, muy pegadita, como debe ser; Hawkins está a mi izquierda, muy despegadito, como debe ser también.

Lewis Duncan pulsa la tecla y...

OOOOON..., oooooon..., oooooon..."

Sigue un silencio y volvemos a oír:

"... oooooon..., oooooon..., oooooon..."

Lewis detiene la cinta y la vuelve atrás. Pregunta: —¿Entendieron la palabra? Al principio cuesta trabajo descifrarlas, pero después se escuchan con claridad... Oigan de nuevo.

Duncan, al dirigirse a todos, nos trata de usted. Al comisario no le tutea ni su padre. Estiramos las orejas...

"... oootooooon..., oootooooon..., oootooooon..." —Atención... atención... atención... —nos aclara Duncan—, volvamos de nuevo atrás.

Se apagan las luces, pero nadie se mueve. Quedan las velas encendidas.

—La tormenta hizo estragos en todos los tendidos —aclara el hijo de mamá gorila, alias comisario Hawkins.

Nadie responde. Somos todo orejas.

"... oootooooon..., oootooooon..., oootooooon..."

Lo que son las cosas. Son muchos los que confiesan haber percibido ya claramente la palabreja, con lo que Lewis se hincha de orgullo y no para la cinta, que vuelve a sonar extrañamente, a todo volumen el amplificador...

"...iiiigo..., iiiigo..., migo..."

Rebobina rápido. Y de nuevo:

"... piiiigo..., piiiigo..., piiiigo..."

—Peligro... Está claro... ¿Continuamos?

—¡Adelante! —le animo—. ¡Se oye que da gloria!

Sigue girando la cinta y...

"...uuerter..., uuerter..., uuerter..., piiiigo..., piiiigo..., piiiigo..." — ¡Esto se anima! —exclamo.

Clara me pega un codazo.

Miro a mi alrededor. Todos están como fascinados por la cinta, incluso el comisario.

"... uuerter..., uuerter..., muerte..., pingo..., piiligo..., piligro..., peligro..."

Las voces se van aclarando. Tienen un sonido lúgubre, apagado, pero se oyen con claridad... No hay inflexiones en lo que oigo... Sonido metálico... ¡Voces de muertos!

"...peligro..., iivora..., peligro iivora..., peligro iivora..., eparen suero..., oorir..., oorir..., morir..."

Esto pone el vello de punta. Palabra. Jamás escuché nada semejante.

Vibran las luces de las velas inundándolo todo de claridades

rojizas y de sombras... Las voces de origen desconocido, voces de muerte, continúan, obsesivas, monocordes, con ecos de ataúdes... "... angre..., sangre..., muerte..., muerte... ¡Peligro Morenci...! ¡Peligro Morenci" las dos frases suenan como cañonazos y me estremecen: ¡Terrible..., terrible!"

¿Mc he habituado o ya los sonidos son más familiares, más metálicos?

Sudo, y no hace ningún calor al oír claramente: "¡Alguien morirá en tu casa, Duncan...! Terrible..., terrible..."

Sé parasicología. He leído mucho de ello. Dejo de sudar por completo. ¿Qué ocurre aquí?

Algo me presiona a mi izquierda. Hawkins me mira. Su mirada es de inteligencia. Piensa lo que pienso yo. Pulso la tecla de parada.

—Un poco de calma. El ambiente está muy cargado. ¿Está seguro de que era una cinta virgen?

—Por completo. Yo rasgué el precinto.

Me trago que esa cinta será lo único virgen que haya en el país. No tengo ganas de bromas. Me preocupa lo que he oído, lo que sé y lo que imagino.

—¿Nadie manipuló el aparato?

—No. Después de escuchada por mí la grabación, guardé la cinta en la caja fuerte hasta unos minutos antes de que llegais...

—¿Quiénes conocen la combinación?

—Nadie... Bueno..., sí..., Clara...

Miro a mi fémina particular.

—¿Nadie más?

—No. Sé guardar un secreto, si es a eso a lo que te refieres.

—¿No te extraña nada, Duncan? ¡Soy experto en todo! —siempre mí maldita modestia perjudicándome—. Hay algo irregular en lo que he oído. Lewis, si eres un poquito parasicólogo te darás cuenta de un par de cosas. ¿Te las digo o me las confirmas tú?

—Lo haré yo. Raras veces se oyen los mensajes con tanta nitidez. Hay casi que adivinarlos.

—¡Raras veces, no! ¡Nunca!

—¡Raras veces! —afirma, con énfasis, Lewis—. Ahora se ha producido! Escuché palabras muy claras en otras grabaciones.

—No tan claras como estas, ¿verdad?

—No; pero..., ¡las voces de origen desconocido pueden manifestarse de la forma que deseen! ¿Lo dudas?

No respondo. Vuelvo a preguntar:

—Dime la segunda "aparente" anormalidad.

Está fanatizado y hay que tratarle con diplomacia para que no se repliegue y se niegue a colaborar.

—Las palabras primeras tienen el tono correcto, monocorde, sin

inflexiones —asiento con un gesto de cabeza y ello le levanta la moral—. Después hay afirmaciones y un experto notaría matices que no son frecuentes...

—¡Que no existen en los mensajes parasicológicos!

Se me encampana.

—¿Me llamas embustero? ¿Piensas que preparé todo esto para impresionaros, que seguiría con la farsa después de lo ocurrido?

—Me doy punto en boca, Lewis. Sigamos oyendo la cinta. La manejaré yo, si no te importa. Esta puede ser una prueba importante ante un gran jurado.

—¿Gran jurado? —inquieta Hawkins.

—Luego le explicaré, comisario.

Pongo en marcha el aparato y...

"Duncan..., Duncan..., avisa a tus amigos... ¡Corren peligro de muerte...! Muerte..., muerte..., muerte... Peligro..., peligro..., peligro... Muerte en tu casa... Cuidado con la cascabel..., cascabel..., cascabel..."

De no pensar en Clotilde en la cocina, sonreiría...

"Duncan..., Duncan..., Coburn..., Reed..., Flecher... Murray... Peligro..., peligro..., peligro... Morenci arrasada..., arrasada..., arrasada..., arrasada... Duncan... Volverá mujer... de la muerte... La verás... Volverá mujer..., mujer..., mujer... Sangre..., horror..., sangre..., horror..."

—Para ya, Robert. No hay más cinta grabada.

Voy a hacerlo, pero no llego a pulsar la tecla.

"Morirá Clotilde... Clotilde... Después, Coburn..., mutilado... Luego, Reed..., Murray..., Flecher... Duncan, el último... Morirán... Morirán..."

La cinta sigue girando, pero no se oyen más palabras. Pulso la tecla de "stop" y ordeno:

—¡Que nadie toque el aparato!

Vuelve la luz oportunamente. Así puedo ver algo increíble: un grupo de seres aterrorizados... Pingajos humanos...

Clara se ha cogido de mi brazo. La noto temblar.

—Sosiégate, querida.

Me pongo en pie. Sólo Hawkins y Duncan me imitan.

—Te escuchamos, Lewis.

—¡Se ha grabado sola, fuera del magnetófono! ¡Estamos condenados! ¡Vamos a morir!

Es el suyo un chillido histérico.

El comisario Hawkins se me anticipa una fracción de segundo, y se lo agradezco porque no es bueno sacudirle un par de guantazos al padre de la chica que a uno le gusta. Las dos bofetadas suenan secas y Duncan retrocede. Reacciona como un demente. Corre a la pared y yo adivino sus propósitos. Cuando su diestra va a descolgar el rifle, yo le retuerzo el brazo y se lo impido.

Al volverme, veo que el comisario tiene en su diestra el "colt" de reglamento, dispuesto a no dejarse matar.

La tensión es extraordinaria.

—¡Guarde la artillería, comisario! No le hace falta. Hay que tener paciencia. Usted ignora muchas cosas que justifican las actitudes que presencia. Confío en verle tragar saliva.

—¡Hable de una vez, Baker! ¡Es una orden!

¿Cómo decirle que yo me paso sus órdenes por., por las narices, sin ser demasiado descortés? Lo intento, sin embargo:

—Hawkins..., o como se llame, que a veces los apellidos son motes sí se nace en estercoleros... Soy inspector del F.B.I. y ningún renacuajo me da órdenes..., y menos un comisario paleta, vergüenza de los gorilas.

—¡Aquí soy la única autoridad! —me grita en la cara—. Puedo detenerle y...

—¡Inténtelo y le volará la chapa en menos de una hora! Voy a reírme viéndole fracasar, para resolverlo todo después en una hora y demostrarle que no vale para nada... ¡Esta es su gratitud por haber evitado que Duncan le metiera una bala en los sesos!

—¡O yo a él!

—Lo mismo me da... ¿Le gusta ir matando prójimos por las casas? Soy un invitado a este jolgorio. Me someteré a que me interrogue en su momento, pero nada más. Usted lo ha dicho. ¡Es la autoridad!

Todos me contemplan, sin dar crédito a lo que oyeron.

El gorila Hawkins es el coco en la comunidad y nadie se atreve a alzarle la voz ni a toserle a cien yardas de distancia. Que yo le hable como acabo de hacerlo y que él se trague mi discurso es algo que nadie imaginaba.

—Ven conmigo, Clara. Ni tú ni yo estamos amenazados.

—Papá, sí.

—Pero el último. Cogarán antes a ese maníaco. Vamos a hacer manitas al sofá. ¿Te sirvo jerez?

—¡No tomes a broma lo que sucede, Robert! La pobre Clotilde... ¿Qué te pasa?

Acabo de saltar, como un tigre, al magnetófono, advertido por un

leve "click", "click", "clik" imperceptible para oídos normales. Pulso la tecla de "Stop", pero me consta que es tarde.

Alguien, ¿quién?, aprovechando el confucionismo provocado por Duncan en su fallido intento de agresión al comisario, ha rebobinado la cinta a la inversa, pulsando antes el dispositivo para borrar lo grabado.

Lo digo en voz alta, como un comentario, y la maldición de Hawkins suena igual que un cañonazo. Algo imposible de repetir ni delante de un coro de sargentos senegaleses después de un combate cuerpo a cuerpo de diez horas.

Me río en seco, sin música, sólo con la palabra, cara al gorila autoritario:

—¡Ja, ja, ja...!

Hawkins aprieta los puños. ¡Daría cinco centavos porque intentara atacarme!

No lo hace. Mi fama me acompaña a todas partes.

—¿Qué ha ocurrido aquí, Baker?

Me encojo de hombros.

—Pregúnteselo al dueño de la casa. El es el amo. Yo, a lo mío.

"Lo mío" es Clara, a la que tomo del brazo. Una idea me ronda en la cabeza, pero me la callo. Dejaré que "el autoritario" patine una vez más, para refregársela por los morros, con luz y taquígrafos, como debe ser.

Me llevo a la dulce fémina a uno de los divanes. Necesito tranquilizarla.

Apenas nos hemos sentado, Hawkins brama:

—¡Hable, Duncan!

Sin duda, este tipo se ha educado frente a una escuela de niños anémicos y disfrutó chillándolos y vapuleándolos.

—Mejor será que lo vea usted mismo, comisario.

Salen Duncan y Hawkins. Los demás se nos acercan.

—¿Quién lo hizo? —pregunto—. Ni yo, ni Lewis ni el comisario pudimos acercarnos al aparato. Quedan los demás.

—Incluida Clara —comenta, agresivo, Mike Reed.

—Excluida Clara. Ella es incapaz de matar a un pollo castrado, que es lo más inofensivo que conozco. Además, su padre está en la lista de víctimas... —finjo hacer un esfuerzo memorístico—: primero, Samuel Coburn; segundo, Mike Reed; tercero. Charles Murray; cuarto, Margaret Flecher y quinto, Lewis Duncan... Pienso no actuar hasta que se produzca la tercera víctima. Margaret puedes dormir tranquila. Por cierto, John Legrand, la cinta no te menciona. ¿Será porque un asesino no puede matarse a sí mismo? No es que no pueda me burlo es que no se acostumbra...

—¡Esa broma no tiene gracia, Baker!

—No; pero es significativa. ¿No te parece? ¡Eres el sospechoso número uno! Si Hawkins cae en la cuenta te meterá entre rejas.

John Legrand, rojo, congestivo, palidece de pronto, se queda como sin sangre.

—¡Yo no lo hice!

—¿Qué? ¿Lo de Clotilde, lo de la serpiente, lo de la cinta? ¿Todo a la vez? Eres un tipo impulsivo, pleno de primitivismos, incapaz de soportar ni una corbata... Eres el culpable ideal para un comisario comodón y hasta para un jurado tradicionalista... Fuiste jefe de grupo en el Pacífico, en una unidad suicida. Allí usabais mucho la bayoneta, en los golpes de mano... Déjame pensar en más antecedentes acusatorios... Pasaste unos meses en un manicomio...

—¡Una casa de reposo!

—Ahora las llaman así, piadosamente... ¿Tres o cuatro meses? ¿Fue medio año? Soñabas que te degollaban... ¿A cuántos degollaste tú para sufrir esa obsesión...? —¡Cuán fácil es cargarle un muerto a alguien! Continúo—: Además, la victoria de Lincoln nunca significó nada para ti. Odias a los negros, no los toleras... ¡Y Clotilde era negra, negrísima...! Por si fuera poco, sufres otros traumas... Las broncas con tu mujer se oyen en Texas. Salvo a algún incauto —miro a Samuel Coburn sin inocencia; ¿cuándo perdería yo la inocencia, Dios mío?—, dejaste de ser el banquero-usurero de Morenci. Te reemplazaron Charles Murray y su Banco... ¿Por qué no puede tratarse de una venganza colectiva? ¿Administrabas los ahorros de Clotilde? Ya sé que el dinero no tiene color.

—¡Los administraba! —afirma Murray, a quien, por competencia, le cae muy gordo John Legrand.

—Otro dato más para la historia de un jurado comodón. Déjame que recuerde. Llegaste el primero y Duncan quizá te dejara solo, para atender cualquier cosa. ¿Te dejó solo?

Es un tiro al azar, pero sé que doy en el blanco porque John Legrand asiente, en silencio.

—¡Fíjate qué fácil! ¡Todos entramos por la puerta principal! ¿Tú, no?

—Vine por atrás y Clotilde estaba viva.

—¿Por qué estás tan seguro de eso?

—Hablamos unos momentos. Ella me dijo que...

Se calla de pronto y nos mira a todos, acorralado. Chilla:

—¡Repito que no lo hice! ¡Soy inocente!

—¿Qué te dijo Clotilde?

—Yo responderé —interviene de nuevo Murray—. Le pidió su

dinero. Habló conmigo la tarde anterior y me anunció que pensaba abrir una cuenta corriente. Se quejaba de que Legrand no le pagaba nunca los intereses.

—¡Sapo baboso!

—Calma, calma —recomiendo—. Los insultos, luego. Ahora enjuiciamos hechos. ¿Mucho dinero, Murray?

—Unos tres mil quinientos dólares... Eso me dijo ella.

—¡Dos mil ochocientos! corrige Legrand, cada vez más trémulo.

—Sí —corroboraba el angelical Charles Murray—, dos mil ochocientos. Quería que me rectificase y que todos tomáramos nota de que ese dinero no le pertenece.

Se hace el silencio. Todos me contemplan, asombrados.

—¿Sigo acumulando pruebas circunstanciales, John Legrand?

Se rehace, en un soberano esfuerzo.

—¡Vete al diablo, polizonte! ¡Y yo que te creía listo...!

—Lo soy. Más de lo que imaginas. Me convierto ahora en fiscal y reproduzco tus conversaciones con Clotilde cada vez que te pedía cuentas. Más de una vez la llamarías sucia negra asegurando que para ella era un honor que tú le guardaras los ahorros... ¿La amenazaste esta noche? ¡Verás cuán fácil resulta probar lo que acabo de decirte! Hasta que se instaló el Banco que dirige Murray tú eras una especie de rey Midas siempre dispuesto, a tu aire y para tu beneficio, a prestar al que lo necesitaba, previo el establecimiento de unas cartillas de ahorro privadas. Cada cliente que se te fue te dolió como si te arrancaran una muela. ¿Fue así, Margaret?

—Sí. Me echó en cara todos los que él llama favores y que me costaron mis buenos dólares... Ahora que recuerdo, me amenazó con la ruina y hasta con atropellarme con su coche...

Me froto las manos, con deleite.

—¡Vas a pasar malos tragos, John Legrand! Seguiré pensando en voz alta. ¿Quién podía tener interés en que la cinta se borrara, después de que dije que podía ser una prueba para el Gran Jurado? ¡El culpable, el único que no figuraba en la lista de víctimas!

—¡Eres un loco y vas a volverme loco a mí! —exclama Legrand.

—Loco, pero no asesino. Hagamos el juego mientras regresa el comisario. Pensemos que somos el jurado. Después de oírme, tú qué veredicto darías, Murray?

No duda. ¡Qué gran ternura la de este hombre!

—¡Culpable!

—¿Y tú, Margaret?

—¡Culpable!

—¿Mike?

—¡Culpable!

Cada "¡culpable!" cae como un bofetón sobre el rostro de John Legrand, que pasa del color pálido de un muerto, al rojo de un ahorcado.

—A Samuel Coburn no le pregunto, salvo que la votación sea secreta, porque le debe todavía unas perras al acusado. ¿Tú qué dices, Clara?

—¡Que no me gustan estos juegos!

—Pero..., puesta a decir "inocente" o "culpable"..., ¿te pronunciarías por la inocencia?

—No..., no...

—Bien, John. ¿Y ahora?

—¡No lo hice! ¿Cómo tengo que repetírtelo?

Su voz suena desesperadamente ronca, desgarrada.

—Nadie te acusa, Legrand. Tranquilízate. Era, ya lo he dicho, un juego divertido. Si ahora la emprendo con cada uno de los que aquí estamos, salvo Clara que es mi debilidad, se entiende, obtendría las mismas pruebas circunstanciales, con otras variaciones... Tranquilízate. Para mí eres tan culpable como cualquier otro, pero piensa en Hawkins y en un buen abogado. Nuestro gorila particular es capaz de echarte el nudo corredizo al cuello...

Hago una pausa espectacular y vuelvo a mirar a todos.

* * *

—¿Quién borró la cinta?

Ninguno aguanta mis ojos sobre los suyos. Ni Margaret Flecher. Mi jefe, el inspector Vicent Lubbok, siempre afirma que miro como una hiena sarnosa, como un lobo rabioso, como una suegra enloquecida..

—¿Nadie tocó el magnetófono mientras yo luchaba para que Hawkins y Duncan no se liasen a tiros?

—Pudo haberse puesto en marcha solo, por un fallo mecánico —sugiere Samuel Coburn.

—No. La tecla de "Borrado" cuesta siempre algo oprimirla. Es la menos sensible en estos aparatos, precisamente para evitar errores. ¡Alguien lo hizo deliberadamente!

Charles Murray es el primero en hablar:

—Voto por John Legrand... Tus argumentos, para mí, Baker, fueron definitivos y no circunstanciales. Si no le informas al comisario, yo lo haré. Creo que él es el asesino, y encerrándole salvaré el pellejo. No se trata de nada personal. ¡Cuestión de supervivencia! Además... —inicia una leve broma, pero la voz no

le acompaña—, además..., me cae gordo personalmente.

John Legrand está demasiado inquieto para iniciar ningún acto de agresión. Por eso no tengo que esforzarme en sujetarle.

Me arrepiento, aunque tarde, de haber creado la falsa imagen de un culpable. Si Charles Murray le va con el chivatazo a Hawkins, es posible que se arme la gorda.

Debiera divertirme la idea de que el gorila autoritario patinase, pero no es así. Soy muy respetuoso con los derechos de los ciudadanos: todos son inocentes mientras no se demuestre lo contrario. ¡Hasta hemos resultado ser inocentes en Hiroshima y Nagasaki...!

Se oyen voces en la cocina, voces que se acercan a nosotros. ¿Qué ocurre entre el comisario y Duncan?

Pronto lo sabremos..., pero más nos valiera no saberlo.

Hawkins trae cinco paquetes entre las manos, envueltos con papel fuerte, muy ataditos con bramante.

—Encontré esto en la nevera —dice, mientras nos examina uno a uno, inquisitivamente.

—¿Qué os pasaba, papá? —inquire Clara.

—No te preocupes, hija. Discutíamos.

—¿Por qué?

—Le sugerí que pidiera la colaboración de Baker y se ha negado de mala forma. Entonces, le amenacé con llamar al gobernador para que envíe agentes especiales...

—Y Hawkins empezó a cocear, ¡claro! —comento—. Gracias por tu interés, Lewis.

—No es mi interés, sino el de todos. ¡Hay que cazar pronto al asesino para que no se repita lo de Clotilde!

—¡Es asunto mío! —gruñe el comisario—. Asumo la responsabilidad! ¡No vendrá nadie hasta que yo no lo solicite!

Deja los paquetes sobre la mesa. Me acerco, los miro y sé lo que contienen; pero me lo callo. Por la sonrisa maliciosa del comisario pienso que también él lo ha adivinado, pero desea sorprendernos.

Se vuelve a Charles Murray:

—Vea si funciona el teléfono..., por favor...

Le cuesta trabajo el añadido. Hay quien afirma que el comisario se afeita pasándose la mano por la cara.

El banquero descuelga el auricular. Suena el pitido habitual.

—Llame a Roger Otis. Pídale de mi parte que movilice el Departamento para un caso de asesinato, juez, forense, huellas, una ambulancia... El ya sabe lo que tiene que hacer.

Murray obedece y una vez que ha colgado, me asombro al oír:

—Gracias.

¡Mal síntoma! Cuando un gorila en celo se pone cariñosón hay

que esperar lo peor.

—¿No tienen nada que decirme?

Pasa la mirada de uno a otro. Al llegar a Legrand, el último en el recorrido visual, se para un poco más.

Como el silencio es la respuesta, insiste:

—¿Nada?

Adelanto un paso, levanto la mano derecha, con los dedos índice y corazón en alto, como cuando pedía permiso en el colegio para hacer pis.

—¡Hable, Robert!

—¡Quiero sacar a Clara de la habitación por unos minutos!

—¡Nadie saldrá de aquí!

Es un gusano sarnoso, un sádico, un cretino babeante, un...

Me callo. Yo hubiera procedido de la misma forma..., quizá... "No te justifiques, genio", me digo. Sin quizá.

El comisario toma el primero de los paquetes, con una frialdad que maravilla.

—Samuel Coburn..., para ti.

—Mike Reed..., está a tu nombre.

—Charles Murray..., te pertenece.

—Margaret Flecher..., es tuyo.

—Lewis Duncan...

Cada uno coge el paquete que le va entregando, y, nervioso, comienza a desatarlo.

Margaret Flecher, más hábil como mujer, es la primera en descubrir que...

Su aullido de horror, espeluznante, terrorífico, demencial..., le recordaré mientras viva.

CAPITULO 4

EL grito infrahumano se confunde con otro sordo, casi como el estertor de un agonizante. Lo ha lanzado Samuel Coburn.

No hay tiempo para reaccionar.

Charles Murray grita también, como una mujer, no se lo reprocho, y exclama:

—¡Espantoso! ¡Espantoso!

Lewis Duncan retrocede, tambaleándose, negándose a creer en lo que ve.

—¡No...! ¡No!

En el suelo hay dos manos y dos pies de Clotilde, con la sangre coagulada en los muñones, y la cabellera arrancada y todavía sangrante.

Sujeto a Clara un segundo antes de que se desmaye. Me preocupa ver que John Legrand se lleva ambas manos al cuello, como si le faltara la respiración.

Mientras sostengo a la hija de Lewis, me tranquiliza ver que Legrand se domina. Temí verle caer fulminado, lo que significaría, tal vez, un ataque al corazón.

Si ahora se apagasen las luces, todo esto, a la luz de las velas, resultaría insoportable.

Lo esperaba, pero aun así trago saliva varias veces. Tengo la boca pastosa.

¡Qué asco!

Una de las manos cayó con la palma hacía abajo y todo lo que vemos es negro; pero la otra está invertida y hay una mezcla de blancos y negros inquietantes.

Los pies están calzados. El asesino no se molestó en quitarle las zapatillas a su víctima.

Sigo sujetando a Clara, que es un peso liviano para mi, mientras miro a los que me rodean.

Rostros contraídos por el terror, cuerpos temblones, a punto de caer también...

Margaret Flecher se ha derrumbado en un sillón y jadea entrecortadamente, como si no encontrara aire para los pulmones. John Legrand está tan aterrorizado como los demás, pero él no tuvo en su poder ningún despojo humano.

Llevo a Clara a un diván, la tiendo en él, voy a incorporarme, pero una voz dice a mi izquierda:

—Tome, Baker.

Me tiende un vaso mediado de coñac.

Hago beber un par de sorbos a Clara, quien se recupera en el acto. Tarda escasos segundos en recordar lo ocurrido y se cubre el

rostro con ambas manos.

—¡Es horrible, Robert! ¡Horrible!

—Sí, pero ya pasó. Apúralo.

Traga el coñac de un sorbo y puede incorporarse.

Margaret Flecher también se ha levantado.

El clima es tenso. Las respiraciones jadeantes. El pánico brilla en todos los ojos.

Los despojos humanos, los papeles, los cordones, están en el suelo.

También la serpiente de cascabel, con la cabeza destrozada.

¡Y el gorila Hawkins! ¡Un terrible juez en su actitud!

Samuel Coburn va a inclinarse para coger el papel de su envoltorio, que contenía un pie de Clotilde, pero una orden le inmoviliza.

—¡Quieto! ¡Puede haber huellas dactilares! —el comisario capta mi sonrisa burlona—. No lo creo, pero...

Decido darle una lección gratuita. No lo haré nunca más.

—Preocúpese de que nadie se acerque al magnetófono. En la tecla de borrar lo grabado puede encontrar esa huella que busca. No entiendo cómo marchó a la cocina sin prevenir eso.

Me mira venenosamente.

—¿Pretende enseñarme mi oficio?

—No está a la altura de las circunstancias, comisario. El que hizo los paquetes tuvo tiempo para ponerse unos guantes, que ya llevaría en el momento de cometer el crimen. El que pulsó esa tecla actuó precipitadamente y tal vez no pensó en ello, aunque no es probable. Temo que ese salvaje lo haya previsto todo... No le cobro nada por enseñarle, Hawkins.

Lewis Duncan estalla:

—¡Acabo de oír una nueva prueba de su ineficacia, comisario! ¡Llamaré al gobernador!

Hawkins le cierra el paso.

—Le prohíbo que toque el teléfono.

Intervengo, suavizando el tono:

—Si no está detenido, no puede prohibírselo... Debiera de conocer las leyes. Y si le detiene, en momento oportuno, que usted fijará, es libre de hacer una llamada a su abogado.

—Gracias, Baker, por recordarme que soy un ciudadano americano en plenitud de mis derechos.

Lo que ocurre ahora me hace sonreír. ¿Acabará cayéndome simpático el gorila?

De un tirón, Hawkins arranca el aparato y lo tira, inservible, a un lateral.

—Lo siento —se disculpa—, quise cogerlo para que no se cayera.

—¡Le pesará, comisario! Voy a destrozarle profesionalmente, aunque sea lo último que haga en la vida.

La situación es tan tensa que hasta yo me contagio de ella. John Legrand adelanta un paso:

—¡Nos estamos comportando lo mismo que imbéciles y le hacemos el juego al criminal! Debemos cooperar con Hawkins. No hay otra solución.

—El único no amenazado.

Es Murray el que tira la primera piedra. El comisario la recoge.

—Ya pensé en ello.

—Baker expuso una teoría mientras usted estaba en la cocina y creo que debe conocerla. Se trata de...

—¡Hable cuando se le pregunte. Charles! ¡No me interesan las teorías de nadie!

El banquero no se acordaba.

—Empiezo a pensar que Duncan tiene razón. Debemos sustituirle a usted cuanto antes. Voto por Robert Baker.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

Corto las adhesiones.

—Gracias, amigos, no os molestéis. No se trata de un delito federal. El F.B.I, nada tiene que hacer aquí.

—Puedes cooperar particularmente —opina Lewis.

—Sólo si Hawkins me lo pide de rodillas, con los brazos en cruz y lamiéndome los zapatos...

El gorila, sin recoger el reto, se encara con todos nosotros:

—Voy a recordarles algunas cosas. Primera: soy el comisario de Morenci y tengo toda la autoridad en casos como el presente, mientras no se me destituya. Segundo: aquí se ha cometido un asesinato, y estuvo a punto de morir otra persona por un ataque preparado por alguien. Tercero: todos ustedes son sospechosos, sin excepciones. Cuarto: conozco sus derechos, pero también sé que, por unas horas, la ley me concede atribuciones especiales... o yo me las tomo, que viene a ser lo mismo. Quinto: nadie puede salir de la casa ahora, ni de Morenci, después, sin que yo lo autorice. Sexto: les someteré a interrogatorio inmediatamente y decidiré para cada uno de ustedes lo que más convenga a la ley. Séptimo: temo que las amenazas no sean en vano y que se produzcan otras muertes, que debo impedir. Octavo: les interesa colaborar conmigo por su propia seguridad. Noveno: no tardará en presentarse el juez. Háganle las reclamaciones que consideren oportunas. Décimo: no me quitarán del caso hasta que otro comisario me sustituya, y eso no es tan rápido como algunos

desearían. Undécimo: obedézcanme por su propio bien, sobre todo usted, Samuel. Será la primera víctima; si mal no recuerdo, el asesino prometió mutilarle.

Tengo una burla a flor de labios, pero me callo. Lo que Hawkins dice es sensato y está en su papel, aunque tenga que retorcerme las tripas para admitirlo.

Minutos después, la casa se convierte en algo increíble. Roger Otis, primer ayudante del comisario, es otro gorila, como su jefe, pero más peludo y peor encarado.

Con él se mueven tres ayudantes, uno de ellos experto en huellas, que trabaja allí donde Hawkins le indica. El forense se ha encerrado con el juez en la cocina. ¿Mira que si salieran diciendo que Clotilde murió de muerte natural?

También me trago mi ingeniosidad, pero se la digo en voz baja a Clara, obligándola a sonreír. ¡Mi humor negro es apabullante!

Los interrogatorios se producen en el despacho de Duncan. Entran uno a uno. Hay quienes salen irritados; otros mesándose los cabellos, y con miradas homicidas; los hay que mascullan groserías no aptas para niños menores de cien años...

Cuando le toca a Clara, le digo:

—No te preocupes y cuéntale todo lo que sepas. Prométeme una cosa. Dime si te trata desconsideradamente. Tengo ganas de hacerme un cinturón con piel de comisario.

Mi frase la oye Roger Otis. Me mira con entusiasmo, mientras su diestra acaricia morbosamente el revólver.

Otis sigue cerca de mí. Tal vez espera una oportunidad para darme masaje en los dientes con el cañón del "colt".

Enciendo un cigarrillo. Luego, otro. Lo aplasto en el cenicero y en ese momento Clara se me reúne. La acompaña el comisario.

—¿No te mordió, querida? —pregunto.

—No, Robert. El ser Hawkins es un caballero.

Río, guturalmente, sin apenas mover un músculo:

—¡Ju..., ju..., ju...!

Roger Otis desenfunda el revólver, con el deliberado propósito de golpearme, pero el comisario le ordena: —¡Guarda el cacharro! El señor Baker es un frívolo. Me gustaría encontrármele de noche, en un callejón, a oscuras.

—Soy hombre de buena memoria, autoridad. Lo tendré presente. Me agrada dar satisfacciones a los de mi pandilla. ¿Me toca ahora a mí?

—No, salvo que tenga algo que decirme.

—¡Responderé a las preguntas que se me formulen!

—No hay preguntas para usted —gira la mirada en derredor—. Pueden irse a sus casas, pero recuerden mis advertencias. Usted,

señor Coburn, irá acompañado por uno de mis ayudantes, quien no le perderá de vista.

—Pero...

—¡Es una orden!

El comisario, que sabe mandar, de eso no hay duda, mira a un corpulento ayudante que se halla en uno de los laterales:

—¡Cuida de la vida de ese hombre y no te apartes de él en ningún momento! ¡Me respondes con tu piel de su seguridad!

—Esté tranquilo, jefe.

Fanfarronea al tocarse la funda del revólver con la mano diestra.

Tras marcharse el juez y el forense, son retirados el cuerpo y los despojos de Clotilde. La serpiente de cascabel también ha sido retirada y el magnetófono ya está camino de la comisaría.

Todo limpio, como si nada hubiera ocurrido.

¡Ah! ¡Ni una huella! ¡Chico precavido el monstruito de marras!

Salen todos, cabizbajos, atemorizados, y suben en sus coches.

El comisario y sus ayudantes también se disponen a marcharse.

Hawkins, señala al teléfono y dice:

—Lo siento, señor Duncan. Mandaré aviso para que se lo reparen.

Roger Otis, fanfarrón, se para en la puerta. Me mira largamente. Sonríe despectivo.

Es nuevo en la plantilla y no me conoce. Haré porque no me olvide en un futuro.

Quedamos solos Lewis, Clara y yo.

—Voy a marcharme, Duncan —les anuncio—. Tengo algo que hacer en Morenci.

—¿Piensas actuar?

—Sí. Creo, como tú, que Hawkins no vale para este trabajo. No pidas su relevo, que no sería bien visto, sino que le manden ayuda de Phoenix. Hazlo mañana, sin prisa. Mientras eso sucede, me esforzaré en cazar al asesino. No puedo permanecer impasible por un estúpido amor propio y que maten a cualquiera de vosotros. Aunque eres el último en la lista, ciérralo bien todo. No te sugiero que hagas vigilar la casa por algunos de tus vaqueros porque sé que no lo harás. Ten un arma a mano. Conviene, Clara, que también lleves una pistola encima. ¿Hay alguna de pequeño calibre?

—Sí. La guardo en mi dormitorio.

—Yo usaré un revólver.

—De acuerdo.

—¿Por qué no te quedas con nosotros, Robert?

—Lo siento, Clara; pero tengo mucho que hacer si quiero adelantarme a ese loco.

—¿No dudas de mí, Baker?

Es Duncan el que me lo pregunta, mirándome con fijeza.

—No. Tengo una idea.

—¿Legrand?

—He dicho que tengo una idea. Ahora hay que ponerle detrás el nombre. Me será más difícil sin la cooperación de Hawkins, pero, en la certeza de ganarme una reprimenda, voy a utilizar los servicios, a nivel privado, del F.B.I. Me olvidaba. Que no entre nadie en la casa, en especial ninguno de los que se marcharon.

—¿Piensas que uno de los que aquí estuvieron convocados por mí es el asesino?

—Estoy seguro..., y no excluyo a Margaret Flecher. ¿Me lo prometes, Lewis?

—¡Margaret! ¡Qué disparate!

—Quiero despreocuparme de vosotros, al menos en lo que resta de esta noche. Echa cerrojos, atranca las ventanas... Convierte esto en una fortaleza. ¿Lo harás?

—Ve tranquilo.

—Si hay ruidos fuera, no vayas a investigar. A veces se atrae así a las víctimas.

—¿Tan grave es la situación? ¿Crees que habrá nuevos crímenes?

—Sí, a menos que le descubramos antes. ¿De acuerdo? —Por completo.

—Vendré apenas tenga algo que comunicaros; pero no me esperéis en toda la noche. Adiós.

Estrecho la mano de Duncan. Beso paternalmente —¡paternal, yo!

— a Clara en una mejilla, y salgo.

En mi cerebro se agigantan las ideas. Necesito serenidad para pensar.

Mi "Aston Martin" me obedece, como un perro fiel, y me dirijo a la carretera de Morenci, que dista cuatro millas largas del rancho de los Duncan.

Mi primer objetivo es...

ISABEL Bates me abre la puerta. No necesito hacerle ninguna pregunta para saber que Samuel Coburn, su marido, no regresó todavía a casa.

—¡Tanto bueno por aquí, Robert! ¿Ocurre algo?

—Nada, en absoluto. Venía en busca de Samuel.

—Estuvisteis juntos, ¿no?

Desvió la mirada.

—Sí, pero nos separamos al salir de casa de Duncan. ¿No me invitas a un trago?

—Perdona, Baker. Estaba..., estoy preocupada.

—¿Por qué?

—No me gusta que se juegue con las cosas del más allá. Los muertos merecen un mínimo de respeto. Además, sigo sin entender la razón por la cual nosotras no fuimos invitadas.

Pienso que no sabe lo que ganó quedándose en casa; pero no se lo digo.

Hemos llegado a una amplia sala y me acomodo en uno de los butacones, mientras la mujer me prepara una bebida.

La contemplo apreciativamente.

Pese a sus cincuenta años, Isabel Bates se conserva atractiva. Su figura sigue siendo esbelta. Mide un metro sesenta y ocho centímetros —ella me lo dijo en una ocasión y suelo tener buena memoria— y procura no engordar. "Los kilos de exceso son el mayor enemigo de las mujeres. Estoy enamorada de mi marido y quiero seguir gustándole".

Isabel Bates, feliz en su matrimonio, pese a los rudos avatares de su vida, es muy casamentera y ha emplazado sus baterías en mi dirección desde mi llegada al pueblo.

Me fue imposible convencerla de que mi palidez, mi mal estado general se debía a la convalecencia de un tiro en la barriga, más que a una vida "licenciosa de solterón".

Me entrega un vaso alto en el que se baña un único cubito de hielo y procuro sonreír, pese a que deseo salir corriendo. A Samuel Coburn le ha sobrado tiempo para volver a casa.

¿Dónde está?

No encontré su coche en el camino, lo que significa que llegó a Morenci o que...

El "o que" es lo que me angustia.

Las órdenes del comisario al ayudante que custodiaba a la

"primera víctima" eran concretas. Custodiarle, pero nada le dijo sobre llevarle a Jefatura o a cualquier otro lugar que no fuese su domicilio.

¿Y si al salir Hawkins cambió sus instrucciones?

Eso debe de ser...; pero no me lo creo, pese a que me esfuerzo en convencerme.

Bebo el whisky de un trago y me pongo en pie.

—Gracias, Isabel. No te molesto más.

—¿No me vas a hacer compañía hasta que Samuel llegue?

—Mañana le veré. No es nada importante.

—Tal vez yo pueda resolverte la duda que tengas. No hay secretos entre los dos.

—No vale la pena.

Voy a salir de la sala pero la mujer se cruza en mi camino.

—¿Qué pasa, Robert? Evitas mirarme a los ojos. ¿Qué me ocultas?

—Estoy preocupado por un par de cosas particulares. No os afectan. Vine a pedir consejo a tu marido. Tal vez se entretuviera con Murray o con Reed.

—¿Pasó algo en esa reunión de parasicología?

—Nada que deba inquietarte, Isabel. Sé buena chica y no me preguntes más cosas. Samuel te contará todo lo que desees.

Se aparta. Quizá ha notado el leve matiz de impaciencia de mis últimas palabras.

—Como quieras, Robert. Ya sabes que eres siempre bienvenido.

—Gracias otra vez. Y por el whisky.

Abandono la casa, un chalé de dos plantas en uno de los extremos de la población.

Entro en una cabina telefónica, deposito unas monedas y marco un número.

Una voz dice, al otro lado del hilo telefónico:

—Oficina del comisario Hawkins. Otis al habla.

Siento ganas de colgar, pero me contengo.

—Soy Baker. Quiero hablar con el jefe.

—Espere. No sé si está.

—No hace falta que le moleste. Pretendo dar un recado a Samuel Coburn.

—Coburn no está aquí. Le encontrará en su domicilio.

—Eso era todo.

Cuelgo, sin dar las gracias, y pido una conferencia con Washington para sacar de la cama a mi jefe de inmediato, el inspector Vincent Lubbok.

Renuncio a describir mi diálogo con él, un "diálogo entre besugos" mal educados. Al fin, consigo lo que quiero.

Recupero una moneda, la última que no devoró el contador

telefónico, y subo a mí coche.

En la guantera siempre llevo una automática plana, la cojo y me la meto en el bolsillo lateral de la americana. ¡Tengo la intuición de un gravísimo peligro!

Emprendo nuevamente, muy despacio, el camino a la casa de Lewis Duncan. Como el pequeño tramo de carretera es una recta impresionante voy por la izquierda, muy atento a las huellas de los neumáticos en la arena, conectada la luz larga de los faros, que acorto cuando algo me llama la atención.

A una milla escasa saco el coche de la carretera. Veo las marcas de unas ruedas que se internan en los terrenos de pastos, a través de una vereda para tractores y maquinaria agrícola.

Sigo por ella, con sólo las luces de posición. Me detengo a unos cincuenta metros del camino principal y me apeo. Sí. Las huellas son recientes y de un único automóvil.

¿Por qué no puede tratarse del coche de algún granjero, de alguien que hubiese pasado por allí...?

No completo la idea. La tormenta barrió las capas de arena y de tierra superficiales. Lo que allí se ve tiene que ser reciente.

Empiezo a descender por una leve ladera que enlaza directamente con la zona de regadío, próxima a un arroyo. Pongo el coche en punto muerto para que el motor no llame la atención a nadie y recorro así media milla.

En un recodo del camino, piso el freno. Al fondo, a unos cien metros, hay un automóvil, sobre la hierba.

Con el peor de los presentimientos, he identificado el viejo "Ford", corro hacia él y al llegar a su altura me detengo, como petrificado. Recuerdo las palabras del comisario Hawkins a su ayudante: "Cuida de la vida de ese hombre y no te apartes de él en ningún momento. ¡Me respondes con tu piel de su seguridad!" Cumplió las órdenes. Está muerto, con un tercer ojo en la frente. Un fracasado a quien yo no ascendería nunca. ¡Los muertos siempre fracasan!

Pero no es el policía quien polariza mi atención, sino algo macabro, espeluznante.

Samuel Coburn..., es un decir..., está caído en el suelo, en un lateral del coche.

Le han decapitado limpiamente.

Busco la cabeza en derredor, con una linterna que tomo de la guantera de Coburn. No la veo en sitio alguno, ni lo que es más curioso, rastros de sangre, salvo en el lugar donde se encuentra el cuerpo.

Examino el cadáver, estremecido a mi pesar, en busca de más mutilaciones. Descubro otra menor, desconcertante: le falta el

dedo índice de la mano derecha, también cortado. Nada más... y nada menos.

Estoy habituado a la muerte; pero hasta hoy no me he encontrado con un asesino loco y carnicero, al que no le gusta perder el tiempo. Elaboro mi teoría.

Vuelvo al coche. Al ayudante del comisario le cazaron por sorpresa. Se adivina en el asombro de sus pupilas, muy abiertas, en que el revólver sigue en la funda y no hay actitud de defensa en el hombre, pese a las severas órdenes recibidas, lo que confirma mis sospechas.

Busco en derredor. Hay huellas profundas de neumáticos, muy anchos y de gran relieve. Un tractor, sin duda. El asesino, cometido el crimen, montó en el tractor y se dirigió en busca de su automóvil. Sigo las huellas y encuentro el vehículo, detenido a doscientos metros de la carretera principal. Vuelvo al lugar del delito y me digo que ninguno de los sospechosos tiene coartada. Todos se hallaban entre la casa de Lewis Duncan y sus domicilios.

Necesito saber el orden de salida. Y eso sólo pueden decírmelo los hombres del comisario que montaban la guardia en el exterior, o el propio Hawkins.

Indago en derredor del coche y de los cadáveres, mientras pienso furiosamente. Nada me queda por hacer allí y me dirijo a mi "Aston Martin", que pongo en marcha. Maniobro con dificultad y emprendo de nuevo el regreso; el cuentakilómetros alcanza su tope. Voy derecho al encuentro de la segunda víctima... rezando por no llegar tarde.

Paro ante un edificio de varias plantas, salto del automóvil y me dirijo al portal, abierto toda la noche. Un conserje se me cruza:

—¿Adónde va?

Le meto el carnet del F.B.I, por las narices y le ordeno:

—¡Acompáñeme, rápido, al piso de Mike Reed!

Subimos a uno de los ascensores.

Mike Reed, el más rico propietario de la comarca, vive en Morenci la mayor parte del año.

Pasa el día y gran parte de la tarde en la hacienda, pero sus transacciones de hombre de negocios las realiza en un amplio apartamento, en la ciudad.

Llegamos al piso cuarto y sigo al conserje, al que ha intimidado mi carnet de inspector federal.

Pulso el timbre repetidas veces y acometido por una súbita idea hago girar el pestillo exterior de la puerta, que cede.

—¡Maldita sea! —mascullo entre dientes.

Las luces del vestíbulo y de un breve pasillo están encendidas.

Me paro de pronto a la entrada de un enorme salón, fascinado por lo que veo. Sobre una mesa, en el centro de la habitación, mirándome, está la cabeza de Samuel Coburn. El maldito asesino tuvo la macabra idea de ponerle el dedo mutilado entre los labios, como si fuera un grotesco cigarro.

Muy cerca, a la izquierda, hay algo increíble: el cadáver de Mike Reed, con la cabeza bárbaramente destrozada, convertida en pulpa, en amasijo sanguinolento, en una masa donde no hay cabello, ni facciones, ni cráneo. Todo está como pulverizado.

El arma homicida es una maza de hierro fundido, muy pesada, de las que se venden en cualquier establecimiento para turistas, una maza de los pueblos primitivos que poblaron América. Tiene adheridos trozos de piel, de masa encefálica...

Oigo un jadeo entrecortado a mi espalda y grito al conserje nocturno:

—¡No vaya a desmayarse como un cretino! ¡Avisé inmediatamente al comisario!

Corro como alma que lleva el diablo, sin entretenerme en buscar posibles pistas, consciente de que la muerte tiene los pies alados, más ligeros que los míos.

Echo de menos a mis inseparables compañeros Jimmy Petermann y Hodgking Trintignant.

Me paro en el vestíbulo, junto al teléfono. Marco un número y una voz de mujer me responde:

—¿Quién llama?

Hay aspereza en el tono y me siento feliz.

—¡No hagas preguntas, Margaret! ¡Gracias a Dios que estás viva! ¡Alguien se ha vuelto loco! ¡Atrinchérate en tu habitación con un rifle y no abras a nadie, ni al propio comisario que llegara, hasta que no me presente!

—Pero...

—No hay tiempo que perder. ¡Ya han asesinado a Samuel Coburn y a Mike Reed! Voy a casa de Charles Murray. Llámale tú apenas cuelgues y repítele lo mismo que acabo de decirte. ¡Un minuto puede ser esencial!

Salto a mi descapotable, por encima de la portezuela cerrada. Dejó las llaves puestas y tardo una fracción de segundo en arrancar. Me pongo a cien, cambiando desesperadamente. Los semáforos están destellando con el color de precaución, pero yo me lo salto todo a la torera. Doblo una esquina, con un chirrido ensordecedor de neumáticos y a ciento treinta por hora enfilo la calle principal.

Dos motoristas de tráfico, ante los que paso como un meteoro, se lanzan detrás de mí. Hacen sonar sus sirenas para advertirme

de que debo parar. Mejor así. Si el asesino está a punto de un tercer delito, tal vez, al oír el estruendo, escape sin descargar el golpe.

Tuerzo por una calle de dirección prohibida. Uno de los camiones de recogida de basura está en el centro y lo sorteo por una de las anchas aceras, sin aminorar la marcha, con un repetido destello de luz larga para avisar a algún Pobrecito peatón que tenga la desgracia de encontrarse por allí.

Afortunadamente no hay nadie y puedo frenar en seco ante la puerta del edificio bancario. En el piso primero vive —¿vive?— Charles Murray.

Nada más acercarme al portal, herméticamente cerrado, huelo a algo que me eriza el vello.

Forcejeo en la puerta, intentando, en vano, abrirla, y en ese momento una mano, una garra, me sujeta por el hombro.

Me vuelvo y me encuentro un revólver apuntándome a la nariz. Detrás del cañón del arma está el rostro tenso de un agente de uniforme.

—¡De espaldas a la pared, amiguito! ¡Si hace el menor movimiento, le frío a tiros!

Sé que no amenaza en balde, y está en su derecho. Le respondo con los brazos en alto:

—¡No pierda el tiempo! ¡Busque en el bolsillo interior de mi americana y encontrará un carnet! ¡Soy Robert Baker, inspector federal!

Me vuelvo al agente y noto que una mano hace lo que le he indicado. Me arrebatan el carnet y escucho:

—¡Perdone, inspector! No sabía...

—¡Cumplió con su deber! ¡Déjeme su revólver!

Me lo entrega. Advierto que el otro policía, que no termina de confiar en mi aspecto de demente, me sigue cubriendo.

Disparo a la cerradura del portal hasta agotar el tambor del arma y empujo. Cede la puerta y el olor a chamusquina es más intenso a cada momento.

—¡Que uno llame al comisario Hawkins y el otro venga conmigo! ¡Ahí arriba ocurre algo terrible!

Asciendo de dos en dos las escaleras, con mi automática en la diestra, mientras oigo cómo el agente, sin dejar de seguirme, recarga el "colt" de reglamento.

La puerta del piso está de par en par. Me cubro el rostro con ambas manos, sintiendo que las náuseas me dominan, y entro para contemplar algo que supera todos los horrores vividos y que tiene la virtud de pararme en seco, con el estómago en la garganta.

Creí haber agotado mi capacidad para el espanto, pero nada más lejos de la verdad. Me quedaba por presenciar un hecho inaudito, que me sacude como una corriente eléctrica. Hace que me sienta enfermo.

¡Ojalá no caiga el asesino en mis manos en un momento como el de ahora porque no llegaría vivo a manos del juez!

Siento deseos de estrangular al sádico infrahumano que en pocas horas ha desatado sobre Morenci un auténtico infierno, una serie de sucesos que pasarán a la peor historia de la criminología, que nos sitúan, vergonzosamente, en primera línea de lo macabro.

Se hablará de Morenci durante muchos siglos. Y no por sus bellezas naturales, que las tiene; ni por su riqueza agrícola y ganadera, sino por haber sido el escenario de unos delitos que no están tipificados como posibles, que escapan a todas las previsiones imaginables.

Primero, Clotilde, con las bárbaras mutilaciones; luego el reparto de despojos entre las futuras víctimas; Samuel Coburn decapitado y Mike Reed reducido a pulpa...

No; no olvidé al ayudante del comisario. Su muerte, pese a ser lamentable, me parece algo normal: un servidor de la Ley corre siempre el riesgo de recibir una bala que acabe con su vida. Es un privilegio que nadie puede arrebatarnos...

No avanzo un paso. Mis piernas son de plomo. Por mis venas corre hielo en vez de sangre. Me he convertido en una estatua de pavor que se esfuerza, en vano, por sobreponerse.

Me consta que si hubiera alguna posibilidad de salvar a un hombre, tal hecho no se hubiera producido en mí.

Pero ahora todo es imposible.

Samuel Coburn tuvo, sin duda, una muerte rápida. También Mike Reed, al que el primero de los golpes dejaría inconsciente. Y Clotilde, salvajemente degollada.

Pero Charles Murray es...

CAPITULO 6

ES algo negruzco, humeante todavía, sin nada que haga entrever que hubo un hombre allí, salvo por la figura en la que no existen ni ropas, ni facciones... Nada que haga pensar en un ser vivo.

He conseguido dominarme y entro. Al fondo, entre leves restos de llamas, que ya se apagan, en la bañera, se halla la tercera de las víctimas.

Percibo el olor a gasolina. Por si alguna duda me quedara, veo dos grandes bidones en un lateral, de diez litros cada uno. Los doy con el pie y suenan a vacíos.

Veinte litros de gasolina para quemar a un hombre. ¿Estaría vivo Charles Murray en el momento de prenderse fuego el combustible? La respuesta, que más tarde me confirmará la autopsia, es afirmativa.

Imagino la escena. Al propio Murray vertiendo el combustible bajo la amenaza de una pistola; obligado a sumergirse en el liquido y al criminal lanzando el fósforo...

La habitación está alicatada, hasta el techo, con baldosines azul claro. El suelo es de terrazo de mármol. Los aparatos sanitarios, de porcelana. No hay nada combustible allí. Rectifico: sí, el cuerpo de un hombre.

En el techo se advierte una gran mancha negruzca. La pintura se ha descascarillado en grandes zonas por efectos del calor.

Miro en torno mío. No hay nada que pueda servirme de guía para una investigación. Nada. Sólo chamusquina.

Me vuelvo. El policía que me acompaña, y que ha permanecido respetuosamente detrás de mí, cobijado detrás de mí, diría yo, retrocede y me deja paso.

Imagino la expresión de mi rostro. Ahora menos que nunca soy un sujeto recomendable para una reunión frívola.

Llego al teléfono, junto al que hay otro agente.

—¿Se puso al habla con el comisario?

—Dejé el aviso en la oficina. Se pondrán en comunicación urgente con él por radio.

Sé dónde está Hawkins. Pasando un buen rato ante el cadáver de Mike Reed y la grotesca cabeza, dedo incluido, de Samuel Coburn.

Vuelvo a marcar un número.

¡Jamás escuché el timbrado de un teléfono con tanta ansiedad!

Descuelgan y oigo una voz angustiada:

—¿Quién llama?

—¡Soy yo, Margaret! ¿Suced algo?

—¡Intentaron entrar en mi habitación, Robert, en la que me encerré, siguiendo tu consejo! Comenzaron a forzar la puerta pero yo, que tenía un "Winchester" conmigo, hice un disparo al aire y dejaron de intentarlo.

—¡Lástima que no tiraras a la madera! Quizá le hubieras alcanzado.

—Tuve miedo de destrozar la cerradura o de arrancar alguno de los goznes. El arma estaba cargada con postas.

—¡Sigue ahí! ¡No abras a nadie y aprieta el gatillo sin compasión! Samuel Coburn también ha muerto.

—¡Dios mío!

—Escúchame atentamente. Te mando un policía, con órdenes severas. Permanecerá dentro de tu casa si el asesino dejó la puerta abierta o en el pasillo de la escalera, custodiándote. ¡Tampoco le abras! Ni a él ni a nadie, hasta que yo me presente. ¿Comprendido?

—Sí, Robert.

—¿Hay ventanas en tu cuarto?

—Una, pero vivo en un quinto piso y eché la persiana exterior, de madera. No comunica con la escalera de incendios.

—Bien. Creo que estás a salvo. ¡No me desobedezcas bajo ningún concepto! ¿Alguna duda?

—Ninguna, Robert. Creo que te debo la vida. Gracias.

Margaret Flecher se ha serenado ya. ¡Quién pudiera decir lo mismo!

Cuelgo y me vuelvo a uno de los policías.

—¿Me ha oído?

—Sí, inspector.

—No pierda tiempo —al verle vacilar, le apremio, con mis peores modales, que ya es decir—. ¡No pierda ni un minuto! ¡Hay una vida en juego!

Sale como alma que lleva el diablo.

El otro agente, rígido, escucha mis instrucciones:

—Espere al comisario e infórmele. Voy a casa de Lewis Duncan, a cerciorarme de que todo está en regla. Allí puede encontrarme.

—A la orden, señor.

Antes de abandonar la casa, igual que un meteoro, busco a la esposa de Murray. No está en ningún sitio y ello me inquieta. Aborrezco a Hawkins por su machada de arrancar los cables del teléfono de los Duncan, lo que me impide comunicar con ellos.

Despierto a media ciudad con el sonido de un motor al máximo de rendimiento, con derrapes provocados para tomar curvas cerradas, sin respetar intermitentes, semáforos ni demás zarandajas.

En la carretera que enlaza Morenci con el rancho de Lewis hay un control establecido por el comisario, a la altura de la desviación que recorrí para el hallazgo del cadáver de Samuel Coburn y de su ayudante.

Imagino que es barrera de clavos y como me interesa conservar los neumáticos intactos y no perder el tiempo en explicaciones, hago un viraje impresionante, meto el coche por el campo y vuelvo al asfalto, no sin oír unos disparos a mi espalda.

Sin duda, las órdenes son severas.

Antes de que empiece a escuchar la sirena del coche que, sin duda, va a perseguirme, llego a la puerta de madera que da acceso al parque del chalé. Me la cargo limpiamente, entre un impresionante ruido de astillas, y llego a mi destino.

Toco el claxon repetidas veces y golpeo con el llamador de bronce. Si no me contestan en el acto, estoy dispuesto a romper a patadas las enormes cristalerías, no protegidas, del gran salón

donde escuchamos las voces de ultratumba, en este caso una formidable tomadura de pelo, con trágicos resultados.

Oigo una voz bronca, que procede de una de las ventanas del piso superior.

—¿Quién llama?

—Soy yo, Robert Baker. ¿Estáis bien?

—Perfectamente. Ahora bajo a abrirte.

—¡Que te acompañe Clara! No la dejes ni un minuto sola.

—De acuerdo.

Escucho, lejana todavía, la sirena policíaca y sonrío amistosamente, como un tigre de Bengala.

Se abre la puerta de acceso a la casa en el preciso momento que suena el automóvil oficial.

Meto la mano en el bolsillo, saco algo y espero.

—¡Entra, Robert!

—Un minuto.

Dos gorilas vienen a paso de carga, con los revólveres de reglamento desenfundados. Al llegar frente a mí, sin dejarles decir ni pío, les meto por los ojos mi credencial de federal, a la par que les saludo:

—¡Hola, hermanos!

Uno de los hermanos es un viejo amigo, al que no intimida mi credencial de inspector del F.B.I.

—¡Guárdese esa literatura! ¡Voy a detenerle! ¡Estoy harto de usted!

—¿Cuánto tiempo lleva junto al cuerpo sin cabeza de Coburn?

—Más de una hora.

—¿Qué hace? ¿Rezarle?

Mi pregunta le desconcierta. No podía ser menos. Hay en ella tan claro reproche que el lindo ayudante del gorila Hawkins pierde aplomo.

—Cumpló órdenes de mi jefe.

Está a la defensiva.

—Voy a darle unas pocas noticias antes de que se marche de aquí con viento fresco. Fíjese bien, yo, un simple, simplísimo ciudadano, sin ninguna intervención oficial en el caso, amenazado de detención, informo a un oficial de policía, primer ayudante del comisario... —me vuelvo a Duncan y a Clara; el rostro del primero muestra seriedad; su hija, que me conoce a fondo, ¡muy a fondo!, empieza a divertirse, pese a lo trágico de la situación—, veamos, ¿qué ha ocurrido para usted desde que abandonamos esta casa?

—Hubo un primer asesinato. ¡Estamos investigándole y en breve...!

Mi sonrisa es tan descarada, tan insultante, dice tantas cosas, que Roger Otis calla de pronto.

—¿Nada más? ¿No se ha detenido a ningún borracho, a ninguna viejecita vampiresa seductora de pimpollos de noventa años, a ningún veterano de la guerra de Secesión escalando la torre del Ayuntamiento de Morenci, a ningún cuáquero predicando la guerra santa? —ya ni reacciona—. Para usted, Samuel Coburn, descabezado y desdorado... y punto. ¿No es así?

—¡El que obedece jamás se equivoca!

—Sabía máxima... ¡Llegará lejos, muchacho! Sumiso, disciplinado, incapaz de tomar una iniciativa para no disgustar a los que mandan, sometidito, con poco cerebro..., ¡casta de triunfadores! ¡Y lo malo es que hombres así escalan los principales puestos de gobierno en el mundo entero!

Sonríe abiertamente. Mi cordialidad es inmensa.

Sigo con mi credencial en la mano y golpeo con ella, muy amistoso, a la larva nauseabunda que me contempla.

—Le diré, pollo cascarudo, que... ¿muchos hombres en torno al cadáver de Coburn y formando esa barrera?

—Cinco.

—¡Vaya, vaya...! ¡Todo un despliegue policíaco! ¡Conmoveror! ¿Buscaron la cabeza de Samuel? ¿Todavía andan recorriendo el terreno palmo a palmo, a la luz de las linternas?

—¡Sabemos nuestro oficio, inspector! ¡Los federales no tienen nada que enseñarnos!

Aparta mi credencial de su hombro. Vuelve a irritarse, dominada la sorpresa que le produjo mi actitud.

Me suavizo. Soy un merengue al reconocer:

—Voy a pedirle hora a Hawkins y a usted, ¡claro!, para que me den lecciones de técnica y de intuición policíaca. ¡Los pobrecitos tontos como yo necesitamos ayuda! Hay una cosa que supe al descubrir, antes de que nadie llegara, usted inclusive, el cuerpo mutilado de Coburn... —se le agrandan los ojos a Roger Otis, que empieza a replegarse—; tuve la seguridad absoluta de que encontraría la cabeza, y el dedito, de la víctima junto a otro cadáver, el de Mike Reed... ¡Y allí estaba, jefazo de Morenci! ¿Ignoraba que existiese ese nuevo fiambre?

Hago una breve pausa y vuelvo a darle con mi credencial en el hombro, amistosón.

—¡Vamos, muchacho, muchachín, no se desconcierte!... ¡Un fiambre le puede sorprender a cualquiera! Se cargaron a Mike... Llegué tarde... Por poco. Un hombre solo y torpón como yo... Imaginé lo que iba a pasarle a Charles Murray y... ¡R. I. P.! Aún olía a chamusquina cuando forzaba la puerta a tiros... ¡Otro

fiambre que le pongo a los pies, tontorrón!

—¡Usted delira! ¡Mi jefe me hubiera informado por radio!

—Su jefe, el admirable gorila Hawkins, del que ojalá pudiéramos decir pronto en paz descanse, porque está el hombre muy cansadito yendo de un lado para otro, según le van dando de mi parte noticias de lo que ocurre, tiene el gorro lleno de piedras y le chorrean los muertos por entre los dedos...

Dejo de ser, de pronto, el palomo afectuoso, dulcecito, cordial y todo eso para convertirme en la mala bestia que tanto preocupa a mis jefes en Washington:

—¡Y mientras tanto, usted, genio de la investigación, lumbrera policíaca, con cinco hombretones, a la busca y captura de una cabeza que cualquier mecanógrafa de una agencia de detectives hubiera localizado, por simple deducción! ¡Ah! ¡Y jugando a las barreritas, las luces y los disparos a los que trabajan y no tienen tiempo de detenerse para hablar con imbéciles como usted, pongo por ejemplo!

Callo de nuevo, pero por poco tiempo. Destapo por completo la caja de los truenos y rujo:

—¡Clotilde, Samuel Coburn, Mike Reed y Charles Murray han muerto en unas horas sin que ni su jefe, ni usted ni todo su Departamento se enterasen ni previniesen semejante contingencia! ¡Bravos servidores de la ley, custodia del orden público! A Samuel Coburn se le brindó protección, ¡pobre protección! A Mike Reed y a Charles Murray, ninguna, porque pensaron que el asesino se tomaría una semana en cada víctima cuando todo lo tenía previsto para descargar sus golpes por sorpresa. ¡Sólo yo lo intuí! Margaret Flecher salvó la piel por segundos, gracias a una llamada telefónica mía. Se encerró en su alcoba y cuando el criminal forcejeaba en la puerta hizo un disparo con el rifle que le aconsejé que tuviera dispuesto. ¡Ahora estoy aquí, y me salté su barrera de tontos útiles, para que no se carguen a Duncan! ¡Largo, Roger Otis, vergüenza de la policía, vaya a ayudar a su jefe y proteja a Margaret Flecher y a esta casa! Yo me encargaré de cazar a ese sádico. ¡Ah! Desapareció la esposa de Charles Murray, no se sabe si secuestrada, muerta también o, ¡Dios lo quiera!, ausente, por casualidad, de Morenci. ¿Alguna pregunta?

Mi vozarrón debe de escucharse hasta en el planeta Venus, que me es muy simpático, por aquello de las señoras.

Roger Otis se arruga.

Por si algo faltara para desanimarle, oigo un sollozo incontenible de Clara.

Cargué la mano y le destrocé los nervios; pero era preciso

vapulear así a Roger Otis para hacerle comprender sus errores y que se dispusiera a rectificarlos rápidamente, sin que mis palabras parecieran órdenes que, ¡tan memo es!, jamás aceptaría. Además, necesito que me deje tranquilo en un futuro, cuando desentierre mi segundo hacha de la guerra y vaya a la caza del homicida.

—Vamos, Clara. No seas niña.

La abrazo, y despreocupándome de los ayudantes del comisario, que continúan como alelados, entro en la casa. Duncan cierra a su espalda.

Clara se estremece, empavorecida, entre mis brazos. La llevo hasta el salón, me siento junto a ella en un diván, y la tranquilizo poco a poco.

No advierto que Lewis Duncan nos dejó solos hasta que no le veo regresar con una jarra de café muy caliente —el vaporcillo me recuerda a Charles Murray, tea ennegrecida—, vasos, cucharillas y unos terrones de azúcar.

—Nos vendrá bien a todos —dice.

Asiento y bebemos en silencio, meditativos. Duncan sugiere:

—La lista de sospechosos se ha reducido tanto que...

No concluye la frase. No es preciso.

He pensado mucho en ello, pero... hay algunas cosas que no me encajan.

Lewis espera mis palabras, que no se producen. Mi inolvidable jefe, al que tanto debo, entre otras cosas, a mantenerme siempre a la defensiva, suele llamarme "el tigre silencioso", alias que acepto con espíritu deportivo y que espero se popularice porque va con mi modo de ser como anillo al dedo, que diría cualquiera de las jovencitas casaderas que pretenden seducirme para atarme a la coyunda.

—Me gustaría saber lo que piensas, Robert.

—A mi también me gustaría.

Comprendo que mis respuestas son a veces desconcertantes, pero ahora no dispongo de otra.

Duncan vuelve a servir café. Llena su taza y la mía. Clara le hace un gesto de que no quiere más.

—¿Qué haces que no vas a capturar al culpable?

—Lo hará Hawkins dentro de unos minutos, si no lo hizo ya.

—Parece que no te convence la idea.

—No lo veo claro.

Duncan abre mucho los ojos, manifestando así su pleno asombro.

—Yo, sí —afirma rotundo— salvo que el asesino sea alguien ajeno a nuestra reunión.

—No No lo es.

—Entonces...

Bebe, muy nervioso. Esta es una de mis cualidades: poner nerviosos a los demás cuando lo deseo. Y ahora pretendo que otros deduzcan por mí, para no quemarme con unos razonamientos que son lógicos, pero que, lo repito, me niego a aceptar por simplistas.

—Samuel Coburn, muerto. Y Mike Reed. Y Charles Murray. Margaret Flecher, salvada por segundos. Yo, inocente... No dudarás de eso, ¿verdad? —permanezco con cara de palo—. Tú tampoco eres un asesino...

—¿Por qué no? Puedo haberme vuelto loco y estar aquí para cargarme a la quinta víctima. ¿Quién te garantiza, salvo mi palabra, que Margaret sigue viva y que no vengo a liquidarte?

Duncan se sobresalta, aunque se esfuerza en dominarse. Clara, a mi lado, susurra:

—¡Qué cosas se te ocurren, Robert! Tú matando a Clotilde... ¡Tan cariñoso como eres!

—Vivo, desde hace años, de un oficio muy duro, apretándoles las clavijas a los malhechores, "suavizándolos" a mi estilo... Me hicieron algunos boquetes con plomo y... ¡eso es capaz de transformar a un ángel en una bestia, y yo nunca fui un ángel, lo que salta a la vista!

Me sorprende, en cierto modo, la actitud de Lewis.

Aprovechando que me volví ligeramente a Clara para dedicarle una enternecedora sonrisa, Duncan ha esgrimido un impresionante "Colt" y me encañona con él.

—Es una posibilidad, Baker; muy remota, lo reconozco, pero se trata de mi vida y de la de mi hija. Dame tu pistola. Estaré más tranquilo sabiéndote desarmado.

Se la entrego como un cordero mientras Clara le reprocha:

—¡Papá! ¡Qué poco conoces a Robert!... ¡Supongo que será una broma!

—No; no lo es —intervengo— y procede con sensatez. Acabas de darme una prueba más de tu inocencia, que no necesitaba, Lewis.

—No era preciso llegar a eso —me reprocha la dulce fémina—. No nos hemos separado desde que te marchaste.

—Mejor todavía... Sígueme cubriendo con el "Colt" si eso te tranquiliza, pero continúo siendo un representante de la ley, incapaz de matar a nadie, salvo que me haga cosquillas en la planta de los pies, que eso me molesta mucho.

Me recuesto más en el sillón, tranquilo, como si nada me amenazara notando la grata proximidad del cuerpo de Clara junto al mío.

Duncan duda y se decide a guardar la artillería. También mi

pistola.

—Perdona, Robert, pero... Soy precavido. Me extraña que estés aquí, con nosotros, sin correr detrás de ese monstruo. A Hawkins puede escapársele.

—No se le escapará porque ni pensó huir siquiera.

—¿Le supones inocente?

—Te lo dices todo, Lewis. ¿Por qué no desembuchas de una vez y te dejas de rodeos? Empezaste un razonamiento. Acábalo.

—Lo haré. Tres cadáveres, Margaret Flecher a punto de morir, y aunque no hubiera sido así la hubiera excluido; de mi hija, ni hablar siquiera, yo y tú. ¿Quién nos queda? —sonríó, pero no abro el pico—; John Legrand, el único no amenazado. ¡El es el culpable! ¡Aplastantemente lógico!

—Demasiado fácil, quizá.

—Es posible; pero... Partamos de la base de que es una especie de demente. La locura hace a los hombres muy hábiles para unas cosas; muy audaces y torpes, para otras.

—Eso es cierto, Duncan.

—Además, John Legrand tiene pinta de carnicero... ¡Y ejerció ese oficio en sus primeros pasos! Fue el dueño de las mejores tiendas de venta de carnes de la comarca... El despiezaba las reses. Se jacta todavía de descuartizar un novillo antes que nadie... Ha ganado así varias apuestas. ¿Lo sabías?

—No; pero apoya tu tesis. Sigue. Te escucho con verdadero interés.

Me mira con fijeza, temeroso de que me burle de él, pero mantengo el rostro impenetrable.

—Es un hombre primitivo. ¿Observaste sus gestos durante la reunión? Se llevaba los dedos al cuello continuamente.

—Le molesta usar corbata, Duncan. Eso sucede en las mejores familias. La corbata es el dogal que nos ata a la civilización... La frase no es mía, pero resulta buena. ¿No te parece?

—No empieces con tus bromas, Robert. Es congestivo, violento, brutal a veces. Maneja su rancho con mano de hierro. Tuvo varios pleitos por golpear a empleados suyos que intentaron enfrentársele. A un vaquero le dio una paliza de muerte. Casi le partió el cuello... Sí. Es él. No puede ser otro.

—Es posible.

Bebo el café, inquieto, barajando dos posibilidades que si las expusiera en alta voz serían objeto de la rechifla general. Voy a decir algo, pero suenan unos golpes en la puerta, dados enérgicamente con el aldabón metálico.

Duncan se incorpora. En su diestra está de nuevo el revólver. Me mira, consultándome en silencio.

Yo permanezco inmóvil. En el fondo, pese a todo lo que dije, me molesta profundamente que conserve mi automática... y no quiero hacer nada por recuperarla.

De pretenderlo... Bueno... El tigre silencioso es tigre...

Me explico, ¿no?

—¿Abro, Robert?

—Es tu problema. Tú tienes la iniciativa., y la artillería.

Comprende de pronto. Se me acerca, me entrega la automática y, sincerándose, dice:

—Perdona..., fue una estupidez.

Cojo el arma.

—Gracias, Duncan. Haz lo que te diga, sin omitir nada. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Pregunta quién es; pero sin tocar el cerrojo.

Me obedece.

—Soy Roger Otis. Quiero hablar con Baker para transmitirle un recado del comisario.

—Dile que vas a abrirle —susurro—; pero que tiene que entrar con los brazos en alto... Que no te fías de él ni de nadie porque han muerto tres hombres y no quieres ser el cuarto. Es... un juego. Lewis tiene sentido del humor, me comprende, y hasta se pasa un poco de la raya, lo que con un gusano nunca es del todo malo. Cuando termina sus instrucciones al que espera en el exterior, se oyen juramentos hasta en japonés. Después del desahogo, unas palabras;

—¡Déjese de tonterías! ¡El mensaje es urgente!

—¡No entrará en casa si no hace lo que le mando! ¡Y necesito su palabra de honor de que cumplirá lo que le ordeno!

"Ordeno". ¡Bien por Duncan!

Nuevos tacos y al fin, como era de esperar...

—¡Haré lo que dice! ¡Pero se acordará de mí; vaya si se acordará!

—Eso más tarde. Ahora, brazos en alto y punto. ¿Palabra de honor?

—Palabra de honor. ¡Maldita sea!

Recomiendo calma a Lewis y digo algo al oído de Clara, que se apresura a salir.

—¡Abrele ya, Duncan, pero no le permitas que baje los brazos! El lo hará sin que se lo mandes. Entretenle unos segundos, como si no acertaras bien con el cerrojo.

Lewis es de ágil cerebro. Intuye que le preparo alguna encerrona al ayudante del comisario y se divierte haciendo ruido. Me mira de nuevo y asiento.

Roger Otis está en el umbral, con los brazos en alto, como se le

ordenara. ¡Buen chico!

—Pase, pero no baje las manos. ¡Le recuerdo su palabra de honor! Lewis se ha guardado el revólver, como yo le había indicado.

Nosotros hemos retrocedido, y, en ese momento...

"Clik..., clik..., clik..."

Tres fogonazos deslumbran a Roger Mis, quien se lanza sobre Clara, que ha fotografiado, con rapidez de profesional, la cómica escena.

Parece que Otis va a alcanzarla, pero cae de bruces. Ha tropezado tontamente con mi pierna.

Se revuelve en el suelo, airado, con un brillo homicida en sus pupilas, mientras su diestra vuela a la pistolera.

Hay otro fogonazo y otro "klik". Simultáneamente, le encañono con mi automática y hablo:

—Quietecito, mono, gorililla. En pie y las manos en alto o le parto un hombro de un balazo.

Roger Otis se incorpora, mascullando una sarta de palabras indescifrables.

—Guarda la máquina en la caja fuerte. Quiero esas fotografías para mi álbum particular.

Clara hace lo que se le indica mientras yo continúo cubriendo al primer ayudante de Hawkins, cada vez más desconcertado e inquieto.

Una vez que todo está a salvo, autorizo a Otis.

—Firme, muchachote, y venga ese aviso del comisario.

Su desconcierto es evidente. Suda. Tose. Carraspea.

Nos odia tanto, y tan frenéticamente, que no acierta a pronunciar ni una sola palabra.

—Hicimos bien en tomar precauciones —comento a Lewis, grave el tono—. Este policía necesita una cura de reposo. Es incapaz de controlarse. Puede ser muy bien el asesino. Sí ahora le dejáramos, nos convertiría en macedonia de fruta, en zumo,,,

—¡Déme esas fotografías o...!

—A su tiempo. Le aseguro que no pensamos publicarlas. Queríamos tener sólo el recuerdo de uno de los comisarios más valientes, más listos y más todo. ¿Me da ese aviso o no?

—Si... El comisario ha llamado para que le diga que acaba de apresar al asesino, a John Legrand.

Me asalta, de pronto, una idea.

—¿Ha ordenado levantar la vigilancia a Margaret Flecher?

—No lo sé; pero ya no hay peligro.

Le miro con fiereza, como el tigre rabioso que a veces soy,

—Vaya a su coche y pida que se doble el número de policías en el domicilio de Margaret Flecher. ¡Corre ahora más peligro que

nunca!

Roger Otis intenta pasarse de listo.

—Lo haré... pero a cambio de la máquina que guardó la señorita Duncan en la caja fuerte.

—¡Lo hará ahora mismo sin máquina ni zarandajas! ¡Escuche bien, pigmeo! —acerco mucho mi cara a la suya, no sin repugnancia, porque este prójimo no ha visto un cepillo de dientes más que en los museos—: John Legrand puede ser el asesino..., ¡y puede no serlo! ¡Si por su estupidez de ahora Margaret sufre el menor contratiempo, no volverá a ponerse una chapa jamás en la camisa, ni siquiera la de una botella de cerveza! ¡Y le vapulearé de tal forma que le costará un año arrastrarse por el suelo de la clínica! ¡Obedézcame!

¿Tigre rabioso dije? No. Tigre, león y leopardo a la vez.

Otis piensa un segundo y sale como alma que lleva el diablo. Le sigo. Lewis y Clara van detrás de mí, esforzándose en igualar mi carrera, lo que resulta imposible.

Llego a tiempo de escuchar a Roger:

—Se lo diré, jefe...

—Déme.

Le arrebató el micro de las manos y descubro mi juego, lo que no me hubiera gustado hacer hasta el último segundo. Lo descubro a medias, claro. Sólo lo necesario.

Respiro con alivio al enterarme de que Hawkins pensaba retirar la vigilancia, pero que no llegó a hacerlo, y recibo su promesa de reforzarla.

Advierto en las palabras del comisario una feroz ironía al someterse a mis exigencias, y me dice, como final del diálogo:

—¡Ah! No se moleste, Baker; pero grabé esta conversación en cinta.

—Me alegra saberlo, y tengo testigos de que eso es así. Procuraré recordárselo.

La comunicación se interrumpe.

Medito unos segundos. La noche es luminosa, hay luna llena, sosegada.

Me vuelvo a Clara y a Lewis Duncan.

—Vámonos a la ciudad. No os separaréis de mí ni un solo momento.

—Iba a rogártelo, Robert.

—Yo también.

Clara, mimosa, se me coge del brazo tan fuertemente que me pongo colorado. ¡Uno es respetuoso con la familia!

Iniciamos el camino a mi automóvil, pero Robert Otis nos inmoviliza:

—¡Quiero esa cámara!

Duncan guardó su "Colt". Yo puse mi automática en el bolsillo lateral de la americana.

Otis nos encañona y sonrío. ¡Ahora tiene él toda la baraja! Y va a usarla.

Ordena a los dos agentes que le acompañan que permanezcan quietos y ordena:

—Vamos adentro, a la casa —explica a sus hombres—. Vuelvo en seguida. El señor Duncan se niega a darme determinadas pruebas.

—¿Voy contigo, jefe? —se ofrece uno de los policías.

—No es necesario —responde Roger, fanfarrón—. No se atreverán a resistirse.

Sé que si me niego a obedecer no disparará, pero tiene dos hombres con él. Si me golpean en la cabeza y "me desmayan",

Otis se saldrá con la suya. Finjo someterme:

—Usted gana.

Me comporto como un tierno corderillo y soy el primero en caminar hacia el salón.

Entramos.

El macaco, primer ayudante de Hawkins, no se descuida.

—Dale esa máquina, Clara. Hay que saber perder.

Ella me obedece, pero muy despacio. Me conoce de sobra. Gana tiempo, sabe que no soy de los que se rinden sin lucha.

Otis me vigila preferentemente, descuidando casi por completo la vigilancia de Duncan, que permanece a mi derecha, pero que, me consta, y hace bien, no se atreverá a atacar a Roger por el respeto que todos los ciudadanos responsables deben tener a quienes representan a las leyes de un país.

Mientras Clara, con una torpeza rayana en lo increíble, manipula en el disco-combinación de la caja fuerte, yo hablo:

—Le subestimé, Roger, y lo celebro. Me molestaba que un cretino representara la ley en mí pueblo... Yo nací aquí, por si no lo sabe. Soy hijo del primer matrimonio de mi madre. Hace mucho que ella no viene por Morenci, pero imagino que la recordará...

Noto que los nervios se relajan con mis palabras tranquilizadoras, con el reconocimiento de mi derrota.

—Nuestro rancho, que como sabe tenemos arrendado, perteneció a mi abuelo. Por cierto que... —mi voz se tensa, de pronto—. ¡No, Duncan! ¡No lo hagas!

Roger Otis se desconcierta unos segundos. Duda y yo salto hacia él —¿como un tigre?— le inmovilizo el brazo derecho de un golpe de karate en el hombro, para lo que uso mi mano izquierda, y con la diestra —¡muy diestra!— le asesto un impresionante directo en el mentón.

Cojo el revólver del policía, que se retuerce en el suelo, medio aturdido, le saco los proyectiles del tambor y espero.

El secuaz del comisario se levanta, tambaleándose. Me mira con un odio feroz, pero también con un terrible respeto. Yo le digo:

—Lo siento; pero el juego sucio, en esta partida, me pertenece. Ahora le ofrezco dos posibilidades. La primera salir con nosotros, como si nada hubiera pasado, dejarnos montar en el coche y aquí paz y después gloria. De lo sucedido, nadie se enterará, salvo que quiera presentar una denuncia después, lo que no le aconsejo porque su postura no puede ser más desairada. La segunda posibilidad, ponerse burro, más burro de lo que en usted es habitual, y negarse, en cuyo caso retendré el arma, le obligaré a quitarse los pantalones y le echaré a patadas al exterior, para

escarnio público. Las consecuencias no me importan porque, si es preciso, haré intervenir a Washington. ¡Y entonces se armará la gorda porque demostraré su ineficacia, la de su jefe y la de todo bicho viviente! ¿Hablo clarito? ¡No hacen más que dar palos de ciego y son culpables, sin desearlo, eso es cierto, pero culpables, por lo menos de dos de las tres muertes! Ahora, usted decidirá.

—¿Cómo sabré que cumplirá su promesa, Baker?

—Ese es el riesgo que deberemos correr; pero hay diferencia entre un sapo a secas y un sapo sarnoso —Otis es únicamente un sapo. A lo otro no ha llegado, y es de esperar que no llegue. Tiró sus cartas y le fallaron. Aceptará la derrota. No me importa perder unas horas—, Margaret Flecher está bien custodiada y vosotros conmigo. ¿Qué decide, Roger? ¿Exhibir sus vergüenzas o demostrar a sus hombres que es un machote?

Acepta lo más lógico. Está acorralado y no le queda otro remedio.

Le entrego el "Colt". El no ha visto que le quité las balas y lo enfunda, sin hacer más tonterías.

Salimos amistosamente.

Nos acompaña hasta el coche. Giro la llave de puesta en marcha, sin perder de vista a Otis, temeroso de cualquier marranada, que no se produce.

—Por favor, Baker —me ruega—. Esas fotos... No quisiera...

—Se las regalaré para Reyes...

Arranco, endiabladamente rápido.

Clara, que está a mi lado —Lewis montó atrás—, se me pega como una lapa y me dice:

—¡Eres formidable, Robert!

¡Y es verdad! ¿No les parece?

LOS gritos de Vincent Lubbok son estremecedores.

Tengo el auricular muy pegado a mi oído, para que no se filtre ninguna de sus alabanzas. Ante mí, en taquigrafía, para que nadie lo entienda más que yo, unos datos reveladores: la información que le pedí. ¡Trabajaron rápidos en el Departamento, según costumbre!

Informo a mi jefe de todo, hasta un límite, el mismo que conoce Hawkins, y prometo llamarle una vez que ponga mis garras encima del loco homicida, negándome a revelar su nombre y apuntando la posibilidad de que la detención hecha por el comisario sea la sensata, lo que agrada mucho al máximo representante de la ley en Morenci, que no sabe lo que le espera.

Pero le necesito. Sin él, duplicaría, cuando menos, el tiempo de mi investigación.

Cuelgo, sin dar las gracias, según viejos hábitos que sacan de quicio a mi superior, y sonrío angelicalmente a quienes me rodean: el comisario, Duncan y Clara.

Luego, examino las fichas de las personas desaparecidas en las dos últimas semanas, cinco en total. Separo una de ellas, pero sin convicción.

—Quiero algo más de usted, Hawkins. Me será esencial. Tendrá que despertar a dos honorables ciudadanos.

—Lo haré. Estoy dispuesto a no entorpecer su trabajo; pero sigo estimando que pierde el tiempo. Sé ahora que usted fue el primero en sospechar de Legrand y que, en presencia de todos, víctimas y supervivientes, hizo un análisis de pruebas de culpabilidad. Yo he añadido algunas más. Estamos en la misma línea.

—Lo sé. Sin embargo..., ¿me hará ese favor?

Cuando quiero algo me comporto como un corderillo, dulce, bonachón, simpático y todo lo que sea necesario. ¡Por eso mamá dice que soy irresistible con ella! ¡Y las féminas, que no son mamá, opinan lo mismo! He oído, como un millar de veces: "No es posible negarte nada, querido."

—¿De qué se trata, Baker?

—Necesito saber qué empleados se marcharon de cualquiera de los negocios de Mike Reed y de Charles Murray desde hace un par de semanas y que nos manden rápidamente, aquí, sus fichas de trabajo. Mike tiene, tenía —rectifico, con gesto falsamente compungido— un administrador que hace las veces de jefe de personal y en el Banco hay también un jefe de personal. ¡Saquemos de su dulce sueño a dos personas pacíficas! Es lo

menos que pueden hacer para cooperar con la ley, que les mece los ronquidos. ¿No cree?

Accede y consigue lo que me propongo.

—Dentro de media hora vendrá el propio administrador de Mike Reed a traerle lo que ha solicitado. Sólo tres hombres se despidieron. En el Banco no hubo novedades. ¿Qué más desea?

—Dos cosas. Pida al Ejército, por teletipo, y con carácter urgentísimo, las huellas dactilares de Mike y de Charles.

—¿No pedimos las de Samuel Coburn?

—Esas no interesan.

—Bien —da por teléfono la orden a Roger Otis, que está en la oficina contigua—, ¿y ahora?

—Quiero que Margaret Flecher y John Legrand se reúnan con nosotros, aquí.

—Margaret es posible; Legrand... —duda, y al fin se decide—: bueno, haré lo que solicita. ¿Va a interrogar a John?

—Por lo pronto, hablaré con él, en presencia de todos nosotros. Hawkins vuelve a tomar el teléfono. Me congratulo con el comisario al oír que pide la máxima protección policiaca para Margaret.

Vuelvo a adoptar una expresión inocente, cautivadora.

Tengo muchos ases en la manga, pero no quiero que se me vean hasta el último momento.

Guardamos silencio, acomodados en el despacho del comisario, hasta que la puerta se abre y entra Roger Otis con Legrand. Veo esposas en las muñecas del detenido y pido:

—Quítenle los hierros, comisario. No puede escapar ni lo intentará. ¿No es cierto, John?

—Desde luego. ¿Crees en mí inocencia, Robert?

Mi respuesta pone en guardia a Hawkins.

—Igual que en la mía; pero tendremos que convencer al comisario...

—Lo que no va a ser tarea fácil, imagino —apostilla el aludido, seguro de sí mismo, convencido de que está en posesión de la verdad.

—No diría yo tanto.

—Veremos-

Mi seguridad le inquieta.

Desde que me puse en contacto con los jefes de Washington, el comportamiento del Jefe de Policía de Morenci ha variado por completo. Sin duda le han dado instrucciones concretas de que coopere conmigo. Adivino la mano oculta de mi superior inmediato, el inefable y nunca lo bastante bien ponderado Vincent Lubbok, a quien Satanás confunda.

Tenemos sobre la mesa las fichas con las huellas dactilares de los tres cadáveres. Las he mirado tanto que me las sé de memoria.

Llega Margaret Flecher y nos saluda a todos, deteniéndose especialmente en Lewis Duncan.

Lleva el mismo vestido que le había prestado Clara, lo que resulta bastante significativo. Y está, si cabe, más atractiva que hace unas horas, cuando se desencadenó la ola de violencia.

Nos llega un informe que hace sonreír con suficiencia a Hawkins. El lo recibe por teléfono.

—Comunican desde la estación que una mujer muy parecida a la esposa de Charles Murray tomó el tren de las seis y treinta y cinco, rumbo a Phoenix.

—¡Dios quiera que sea ella! —exclamo, sombrío el rostro—. Sigo pensando que está muerta.

John Legrand, en silencio hasta entonces, se pone en pie. Roger Otis no le pierde de vista, la diestra muy cerca del revólver.

—¿Quieres explicarme qué demonios ocurre, Baker?

—Hubo un loco suelto..., y sólo puedes ser tú, lógicamente — respondo, tranquila la voz—. Los demás o murieron o estamos aquí, contigo.

—Pero... ¡yo soy...!

—No te esfuerces, John. Nadie va a creerte... todavía.

Recibimos la visita del administrador de Mike Reed. Añado tres fichas más a las que tengo sobre la mesa. Son las de los empleados que se despidieron. Hago una pregunta que sobresalta y desconcierta al comisario:

—¿Alguno de estos hombres se parecía físicamente a Mike Reed?

—Este.

Me señala una cartulina, que aparto en el acto.

—¿Alguna mujer en el rancho últimamente? —mi interlocutor, Ralp Greeve, que ya no cumplirá los sesenta años, pero que se conserva aún vigoroso, titubea unos segundos; le apremio—: ¡Responda con la verdad! ¡Es cuestión de vida o muerte!

—Sí. Hace tres días nos visitó una mujer de... No sé cómo explicarme...

—Me explicaré yo. ¿Cincuenta años? ¿Alta, aproximadamente de un metro setenta? ¿Rubia, suelta la melena?... ¿Muy desenvuelta?...

Ralp Greeve, que ha ido asintiendo a cada una de mis preguntas, inquiere, no sin asombro:

—¿La conoce?

—A ella no; pero sé quién es..., quién era su doble... No salió del rancho ni un solo momento y apenas si la vieron los muchachos...

—Exacto.

—Todo encaja, por desgracia.

Suena el teléfono. Hawkins lo descuelga, escucha un par de segundos y me lo entrega.

—De Washington, Baker. Central del F.B.I.

Intuye que oculto algo gordo y aumenta más y más su respeto.

Me pongo al teléfono. Escucho. Escucho. Escucho. Y cuelgo, sin más palabras que un seco "gracias".

Mi rostro, lo sé, está tenso.

Un agente entra para pasarle al comisario las huellas dactilares que han facilitado por radio y que corresponden a tres que fueron vivos y que no viven.

Las miro.

No es necesario que las coteje con las que me sé de memoria.

Todos están pendientes de mí.

Pienso furiosamente unos segundos, que a los demás se les hacen siglos, a juzgar por cómo me observan.

Me vuelvo al administrador y le pregunto:

—Además del rancho, ¿qué otros edificios hay en la hacienda, incluyendo cabañas y refugios de ganado? No. No me conteste de memoria. Dibújelo.

Le entrego un papel.

Ralp Greeve, que lleva muchos años controlando los negocios de su jefe, traza unas rayas y explica:

—A media milla del rancho, junto a la carretera, está la gran nave de despiece...

—Sitio preferido de su jefe...

—Así es. Más allá, el almacén de cereales, el barracón de los piensos y, junto al río, dos cabañas muy rústicas, una de ellas medio en ruinas... Los corrales están situados...

—No interesan.

Trago saliva. ¿Enseño mi juego o les llevo a todos como corderinos a mi zaga, para un golpe espectacular que no olvidarán jamás?

Opto por lo último.

—Vamos a la caza del homicida —les anuncio, entre la expectación general—. Necesitaremos dos coches para los que aquí estamos... John Legrand incluido. Que nos acompañen, sin sirenas ni monsergas, cuatro agentes de uniforme, de los mejor entrenados, con granadas de humo y metralletas. Quizá no sean necesarios, pero., nos enfrentamos a un loco y no quiero que corra más sangre inocente.

—¿Quién es el criminal?

Hawkins, que no es tonto, comprende parte de lo que yo sé y descarta a John Legrand, el culpable fácil con el que alguien

contaba.

—Todavía no estoy seguro. Se lo diré cuando le vea la cara.

Miento como un bellaco y el comisario lo sabe, pero me conoce de sobra y se resigna.

—Usted manda, Baker... ¡Pero, cuide de no errar el tiro!

En la amenaza de la última frase se encierra su impotencia, su ira; se esfuerza, en vano, en disimular toda la bilis que traga por mi culpa. ¡Y la certeza de que después de esta investigación todos me recordarán como al genio de los genios y a él como a un Pobrecito lacayo mío!

—No se preocupe de John Legrand —ordeno a Roger Otis—, Tiene tanta curiosidad como cualquiera en verle las narices al culpable. No es necesario que le vigile.

El ayudante del comisario consulta con su jefe y éste asiente en silencio.

¡Le he domado por completo! ¡Y no es tarea sencilla clavarle las espuelas a un potro salvaje como Hawkins!

El comisario brama unas órdenes por teléfono y sale el primero, a paso de carga.

Le adelanto en el largo pasillo, pues soy el primero en todo, hasta en largas zancadas, y llegamos a la calle.

Hemos de esperar un par de minutos a que lleguen los coches. Finjo impacientarme, con rápidas miradas a mi reloj, pero lo cierto es que no tengo demasiada prisa. El culpable no escapará.

Todo es teatro. Cuando juré "Fidelidad, Bravura e Integridad", ¡qué gran actor perdió el mundo!

En el primer coche, conmigo, además del chófer —un auténtico gorila con pelos hasta en el paladar— van Hawkins y Ralph Greeve, el administrador y hombre de confianza de Mike Reed. En el otro coche se apiñan los demás. Cierra el cortejo, el automóvil que lleva la escolta armada.

Me siento como un general dirigiendo una batalla.

Advierto, no sin asombro, que empieza a amanecer.

Pasaron las horas sin sentir, en una orgía de sangre, de violencia, de horror...

Pronto abandonamos la ciudad y avanzamos por una larga cinta de asfalto. Unas cuantas millas más adelante nos internamos por una ancha desviación, de buen firme, que nos conduce a la entrada del rancho "Los Nogales".

Después de veinte minutos de camino, ordeno:

—Más despacio y sin luces.

En realidad, los faros ya no son muy necesarios, porque el sol empieza a iluminarlo todo color fuego, color de sangre, surgiendo entre los picachos de las montañas.

Pasamos el edificio del rancho y algo más allá vuelvo a decir al chófer:

—Pare.

Nos apeamos. Los de los demás automóviles se nos reúnen. Yo, cortés, en el centro del nutrido grupo, pregunto a Hawkins:

—¿Puedo dar instrucciones a sus hombres? Ahorraríamos tiempo.

—Me sorprende que me consulte —responde el comisario, burlón—. No hace otra cosa desde que comenzó este maldito lío. Tiene mi permiso, si es que lo necesita.

—Me gusta respetar las jerarquías.

Eso no se lo cree nadie. Yo, tampoco.

—Que nadie dispare, a menos que yo lo indique. Hay que cercar por completo, en absoluto silencio, el barracón de despiece —lo señalo, a unos quinientos metros—. Lewis... —el aludido avanza un paso—, me respondes de la seguridad de Clara y de Margaret. ¡Atalas si es necesario!

Orden vana, pero oportuna, al menos en la intención. Las dos féminas harán lo que se les antoje.

—Usted, comisario, y usted, Otis, vendrán conmigo, en primera línea. La segunda la formarán John Legrand, Ralph Greeve y un policía. Muy detrás, los otros. ¿Alguna duda?

No las hay. Al menos, nadie las manifiesta.

Inicio el avance.

Conforme camino hacia el enorme barracón, en torno al cual toman posiciones los agentes de uniforme, me asalta la duda de si encontraré allí a mi demente particular.

¿Y si hubiera huido?

El final sería el mismo, pero más trabajoso, sin ponerme laureles espectaculares.

Llegamos a la gran puerta corredera de acceso, que está medio abierta.

—¡Cuidado! Si nos ha visto llegar, puede recibarnos a tiros.

Entro el primero y me sitúo en uno de los laterales, sin dar un paso más hacia el interior.

Necesito que mis ojos se habitúen a la semioscuridad reinante. Por fortuna, a través de amplios ventanales encristalados, penetra ya la luz del día.

No esgrimo armas. Quiero cazar vivo a mi enemigo.

A ambos lados de un enorme pasillo, pendientes de ganchos, hay reses para el despiece, cabeza a abajo, como dos hileras fantasmales.

Me vuelvo a Greeve.

—¿La sala de trabajo?

—Al fondo, a unos quince metros. Hay que girar ligeramente a la

derecha.

El silencio, hasta ahora absoluto, se quiebra con una horrisona carcajada, una risa demoníaca que nos inmoviliza a todos.

¿Será la señal de que nos ha descubierto y se burla de nosotros preparándonos una imprevista y sangrienta acogida?

Cesa la risa y oigo una especie de jadeo, como de un animal fatigado.

—Detrás de mí —susurro a Hawkins y a Otis.

Avanzo un paso, amparándome en las sombras que proyectan los animales sacrificados y, de pronto, me paro, al final del largo pasillo. Lo último que hay colgado, al final del pavoroso corredor, no es una res sino...

—¡Dios mío, qué espanto!

Mis palabras son tenues como un suspiro.

Una mujer, a la que identifico en el acto, cuelga lo mismo que un novillo, clavada al gancho por un pie, y está abierta en canal, completamente desnuda. Sus cabellos rozan el suelo, empapado en sangre.

Me vuelvo rápido, pero no tanto como para evitar que se produzcan dos gritos femeninos...

Clara y Margaret, desobedeciendo mis órdenes, iban muy cerca de nosotros y acaban de descubrir también a la esposa de Charles Murray.

Salto hacia adelante, como un bólico, y me encuentro frente a... mi culpable, que tiene en la diestra un afilado cuchillo con el que despiza una res.

Los gritos le han puesto sobre aviso y abre el compás de sus piernas, disponiéndose a la lucha.

—¡Que nadie dispare!

Mi aviso llega a tiempo. El comisario y su ayudante levantaban ya los percutores de sus revólveres.

Espero. Necesito serenarme, vencer mis ansias homicidas, mis ciegos deseos de matar salvajemente. Me repito, muy en lo íntimo, una y otra vez:

—Es un loco..., un loco...

Pasa un minuto. Y dos.

Se podría oír el vuelo de una mosca a cinco millas de distancia.

—Y bien —digo—, los muertos resucitan...

Mi enemigo está peligrosamente sereno. Empuña crispadamente el cuchillo, tinto en sangre de la res en la que trabajaba —disfrutaba, sería la frase correcta—, y me vigila.

—Muy listo, Baker. Pensaba eliminarte, y a Clara, y a Legrand... ¡A todos! Y colgaros aquí, de esos ganchos, para destrozarnos con esto.

Esgrime el arma blanca.

Pese a que sus palabras parecen sosegadas, hay un brillo demoníaco en sus pupilas.

—Te colgaré yo..., pero de una cuerda y por el cuello.

—A los locos no se nos ejecuta, Baker. Lo sabes de sobra. ¡Y yo lo estoy, desde hace muchos años, consciente de ello, seguro de que no escaparía a mi destino! ¿Sabes lo que es ver pasar los años en la certeza de acabar los días en un manicomio? Mi familia...

—No te esfuerces. Te lo contaré yo, sin remontarme a pasadas generaciones. Tu madre se abrió las venas. Tu padre está aún encerrado en la sala de siquiatria de la cárcel de Boston, por haber degollado a tres niños menores de once años. Tu único hermano fue muerto por la policía al huir, luego de haber estrangulado a un matrimonio del que era amigo... Viniste a Morenci huyendo de eso, al finalizar la guerra del Vietnam... Hay algunas preguntas que quiero hacerte. No tenemos prisa, ¿verdad?

—Yo, ninguna. ¡No me cogerás vivo! Tendréis que matarme a tiros y me llevaré a unos cuantos por delante. Manejo bien el cuchillo...

—Sí. Igual que la bayoneta en campaña. Tuviste cinco arrestos por crueldad con los prisioneros.

Asiente, con una sonrisa feroz.

—Fue mi mejor época —confiesa—. También dos ascensos por méritos de guerra.

—Valor suicida, consta en tu hoja de servicios, que me leyeron desde Washington. Por cierto, viniste aquí con nombre falso. El verdadero es Morris Janzoon. ¿Quieres que siga contándote cosas para que veas que no pudiste engañarme?

Avanzo unos centímetros mientras hablo. Pienso que el que me propongo capturar no lo ha advertido, pero me convence pronto de mi error. Tiene la sensibilidad a flor de piel y está a la defensiva.

—¡Quieto! —coloca el cuchillo en su vientre—; si das un paso, me hundiré el acero, abriéndome de arriba a abajo. ¡No compareceré delante de ningún tribunal!

Tengo que ganar tiempo porque me consta que no amenaza en vano con matarse. Lo hará, a no ser que yo encuentre la forma de evitarlo.

—Grabaste la cinta para engañar a Duncan. ¿Cómo?

—Me habló Lewis de que pensaba realizar un experimento de parasicología. No me fue difícil conseguir la combinación de la caja fuerte, que Clara lleva anotada en una pequeña agenda. Sustituí la cinta por otra ya manipulada, a la que puse con mucho

cuidado el precinto original.

—Un loco astuto —comento, sin inflexiones en la voz, vigilante, lo mismo que un zorro vigila su presa para saltar sobre ella en el momento oportuno.

—Fui más listo que vosotros... Llamé la atención sobre un supuesto hombre que nos vigilaba desde el exterior porque me interesaba desviar las sospechas de los que estábamos dentro. Mientras Duncan y Hawkins estaban a punto de matarse, con un pañuelo rodeando mi mano derecha, pude pulsar los mandos de la grabadora para borrar la cinta. Di una cita previa al comisario, en tu nombre, Baker. ¡Quería que os enfrentarais los dos y así obstaculizar las investigaciones. Necesitaba unas horas para descargar todos mis golpes. Luego, oculto aquí, esperaría. ¿Quién iba a sospechar de un muerto? Di permiso a los criados y a Ralph Greeve para que me dejaran solo.

Hay una extraña vibración en la voz de este monstruo. Empieza a excitarse. Si ello es así, tal vez se descuide y pueda saltar sobre él.

—No se despidieron los tres hombres del rancho. Sólo dos. Al otro le mataste en tu apartamento, luego de invitarle a tomar una copa contigo. A ver si acierto. ¿Se llamaba McCreary?

—Sí. ¿Cómo lo averiguaste?

Hay asombro en su voz.

—Eso no importa ahora. También puedo decirte que tus huellas no confrontan con las del cadáver. Me las enviaron por radio desde Washington, solicitadas a la unidad militar en la que serviste. Cuando pude cotejarlas ya no tuve dudas sobre tu culpabilidad. ¿Quieres que te diga cómo mataste a Samuel Coburn?

Si no fuera porque tengo revuelto el estómago sabiendo a mi espalda, colgada como una res, el cadáver de la mujer de Murray, viviría uno de mis momentos máximos de triunfo. Pero este loco carnicero me tiene asqueado.

Mi saliva sabe a barro. ¿Por qué no a sangre?

Presenció tantos horrores que no me extrañaría ser un horror más.

—Saliste antes que Coburn, parando en la desviación del camino. Al ver acercarse el coche de tu primera víctima le hiciste señas de que parara. Lo hizo. Dijiste que la arena de la tormenta había estropeado el motor. El policía se distrajo y le metiste una bala entre las cejas. Luego, obligaste a Coburn a conducir su coche, fuiste junto al arroyo, le golpeaste en la cabeza y se la cortaste con uno de esos cuchillos que tenías en la guantera de tu automóvil y que llevabas oculto debajo de la chaqueta, así como

una bolsa de plástico para meter el despojo y, sin más huellas de sangre, llevarlo a tu casa. Utilizaste un pequeño tractor y en pocos minutos pudiste sentarte de nuevo en el coche. Del garaje del edificio hasta tu piso hay un montacargas y pudiste entrar sin que te vieran. Montaste el numerito —ya te habías cargado al que iba a pasar por ti, de tu mismo aspecto y corpulencia y al que vestiste con uno de tus trajes— y te fuiste por la nueva víctima... ¿Algún error?

—Ninguno, Baker. ¡Eres un policía formidable!

—Lo sé. Quisiste desviar las sospechas, en el supuesto de que fallaran las culpas que habían acumulado sobre John Legrand, hacia Charles Murray y por eso le prendiste fuego. Te llevaste a su esposa a punta de pistola y la trajiste aquí, matándola como un vulgar carnicero. Previamente, pagaste a una mujer para que se hiciera pasar por Gloria Murray diciéndole que se trataba de una broma a un amigo. ¿Acierto también?

—En un detalle, sin importancia. A Gloria Murray tuve que golpearla en la cabeza para que me dejara hacer con su marido. Bonita fogata en el baño, ¿verdad?

—¿Por qué tuviste que eliminar también a Clotilde?

—Ella me había visto salir de la casa cuando hice el cambio de la cinta. Conseguí que callara unas horas, pero era preciso que muriera porque apenas comenzaran los asesinatos lo contaría. ¿Os gustaron los paquetitos de la nevera? La víbora, drogada, la metí debajo del diván, seguro de que despertaría pronto, pues apenas si la adormecí. ¡Buen susto os llevasteis!

—Además de tu locura, ¿por qué lo hiciste?

Hay una breve pausa. Tiembla la diestra de...

—¡Odio a todos los que estáis sanos, a los que moriréis en la cama y no entre las rejas de un manicomio! ¡Años y años pude vencer mis ansias de matar encerrándome aquí, con las reses, y ensañándome con ellas! ¡Hubo un momento en el que ya no pude resistir más! ¡Os necesitaba a vosotros como víctimas, gozar con vuestro terror!

Vibra de arriba a abajo, sacudido por un ataque demencial que, en cierto modo, yo he provocado.

Es mi momento.

Salto sobre él, pero me esquivo con increíble agilidad y...

Un nuevo horror se añade a los vividos.

Mike Reed hunde el afilado cuchillo en el bajo vientre, muy profundo, y tira hacia arriba, mientras de sus labios brotan carcajadas, palabras, maldiciones.

La sangre brota como un manantial de la ancha herida, empapándolo todo...

¿Es posible tanta locura?

CAPITULO 8

CHATITA linda... Voy a permitirte hasta que me hagas cosquillas en las plantas de los pies. ¿Otra copa de vino con agujeritos?

Clara ríe abiertamente y toma la copa de champaña que le ofrezco.

—Brindemos como antes —dice.

Caemos en la cursilería de enlazar los brazos para beber y... acabamos despanzurrando las copas y dándonos un achuchón de los de campeonato.

Ya hace una semana que terminó todo. Desde entonces, por las tardes, Clara y yo conjugamos un verbo tan eterno como el tiempo. En mi apartamento, pues soy un caballero.

Me separo de mi dulce fémina. Voy a poner en marcha mi magnetófono y ella palidece: —¡No toques ese chisme, por favor! ¡Pueden surgir voces de ultratumba!

—No seas niña, querube, y escucha. Los arrullos con música son más completos.

Suena una dulce melodía y se me acerca tanto, tanto, tanto, tanto que...

¡Corramos un tupido velo!

¡Ah, hace unas horas le envié a Roger Otis sus fotografías, con los brazos en alto, y los negativos!

Soy un buen chico y sé perdonar.

¡Un buenísimo chico!

Palabra de federal...

F I N

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores
exclusivos en América:
EDITORIAL AMERICA, S.A.
6401 N.W. 36th Street
Virginia Gardens
FLORIDA 33166 - U.S.A.



EDITORIAL ANDINA, S.A.

R.V.P. **20** PTS.